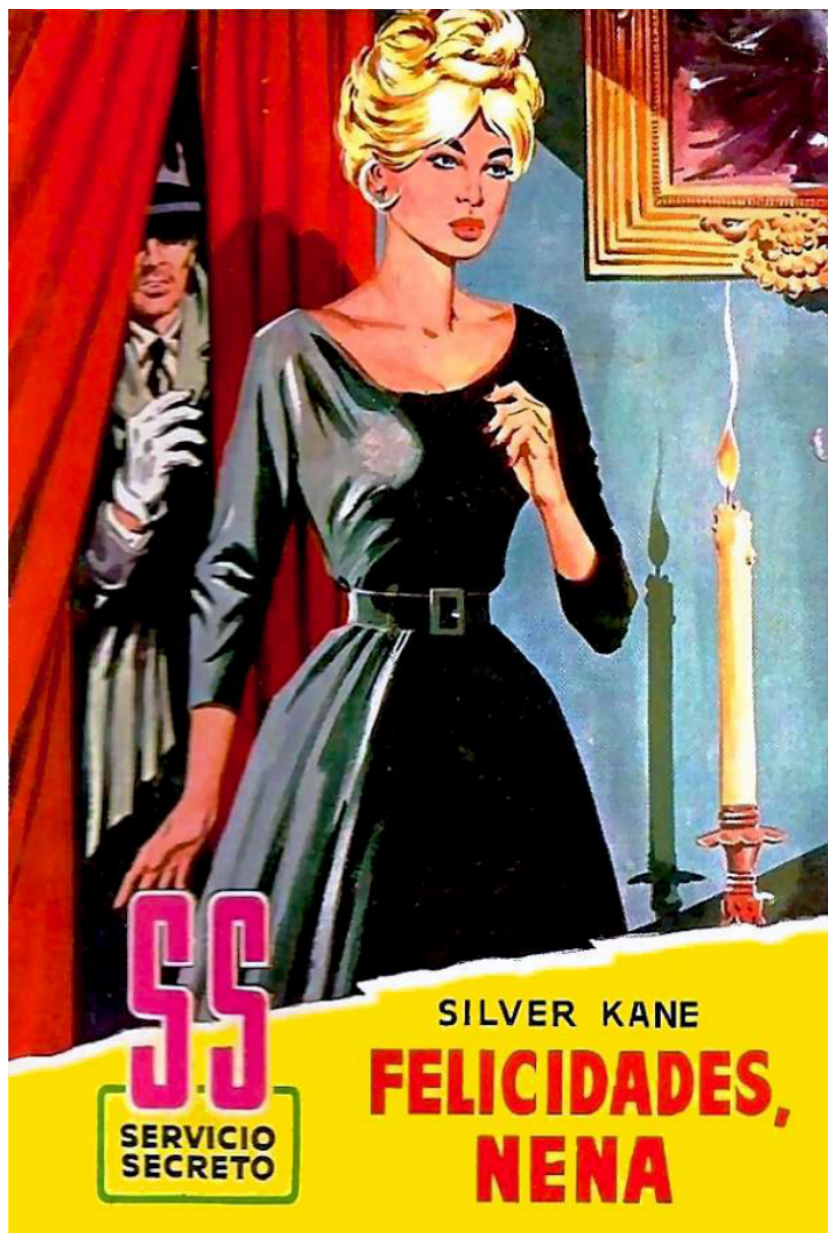




SS

SERVICIO
SECRETO

SILVER KANE

FELICIDADES,
NENA

FELICIDADES, NENA

SILVER KANE

Felicidades, nena

1.ª EDICIÓN
FEBRERO - 1960



EDITORIAL BRUQUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPÓSITO LEGAL - 1960

© SILVER KANE - 1960

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 8 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

UNO

«Ayer tarde, hacia las cinco, fuimos a desenterrar el cadáver de tía Margaret.

»Hacía una tarde gris, desapacible, y el viento silbaba entre los árboles. Desde el viejo cementerio se distinguía el mar que azotaba implacable las costas. Nunca he visto un mar tan salvaje y sombrío como aquél. El entrechocar de las olas parecía llegar hasta el cementerio y mezclarse con el rumor suave de las paletadas de tierra.

»La música que todo aquello formaba era fantasmagórica.

»Y el cuadro que se ofrecía ante mis ojos parecía pintado por el mismo diablo.

»Frente a mí los tres hombres que trabajaban en silencio, arrojando al costado izquierdo paletadas de tierra después de haber arrancado y apartado hacia la derecha la lápida que la cubría. A muy poca distancia, tanto que las paletadas de tierra morían a sus pies, estaba el juez Riley, quien había autorizado la exhumación. Junto a él, los dos empleados del Instituto de Anatomía que habían de llevarse el cadáver.

»A unas ocho yardas, de pie y, en actitud recogida, estábamos los familiares. A mí me habían autorizado a venir porque era la parienta más cercana de tía Margaret. Los otros dos que estaban a mi lado eran primo John, que apenas la había visto un par de veces en su vida, y primo Albert, quien se había encargado de todo lo referente al entierro y ahora sudaba de angustia y de indignación ante aquel hecho increíble que estaba ocurriendo.

»A nuestro lado, pero situado de forma que quedaba entre nosotros y el juez, estaba el notario Flanagan.

»Flanagan era un hombre de unos cincuenta años, vestido de negro, quien tenía los hombros hundidos y parecía tan abrumado ante aquella situación como el mismo primo Albert.

»Sacaron el ataúd.

»La tierra lo había ensuciado y deslucido, aunque era de impecable madera de caoba. Las asas habían sido medio arrancadas por las palas en el curso de su siniestro trabajo.

»El juez Riley suspiró.

»Cualquiera que estuviese presenciando la escena habría pensado sin duda que aquel cadáver estaba siendo exhumado por orden judicial para buscar en sus vísceras rastros de veneno o para seguir en él las huellas de un posible crimen. Pero no, no era nada de eso. El cadáver de tía Margaret había sido exhumado para un fin completamente distinto. Allí no se investigaba ningún crimen.

»El notario Flanagan preguntó:

»—Supongo que querrán reconocerla.

»—¿Para qué? —preguntó primo John—. No es nada agradable, y además me temo que resulte peligroso.

»—Sólo hace dos días qué la enterraron —dijo en voz baja uno de los del Instituto Anatómico—. No ha empezado aún la verdadera descomposición y por eso el juez ha autorizado esto.

»—Bueno, que la abran —suspiró primo Albert, encogiéndose de hombros—. ¡Para lo que habrá que ver...!

»El ataúd fue abierto.

»Una cosa que me llamó la atención del cadáver de tía Margaret fue su extraordinaria, espantosa delgadez. Cuando la enterramos, dos días antes, no estaba así. Parecía como si una parte considerable de su cansado organismo se hubiera disuelto en aquel aire fétido que parecía envolver la caja. Fuera de esto no había nada en ella que llamara la atención, si pensamos que al fin y al cabo un cadáver es la cosa más natural del mundo.

»—Sí, la reconocemos —dije yo nerviosamente—. ¿Por qué no habíamos de reconocerla? Ya pueden cerrar la caja.

»El ataúd fue cerrado y asegurado con fuertes correas por los del Instituto Anatómico.

»—Tendremos que actuar deprisa —dijo uno de ellos—. El doctor Wallace ya está esperando para trabajar sobre este cadáver. Un par de días más y se hubiese llenado de moscas.

»—Mi único mérito ante ustedes —dijo el notario Flanagan acercándose a nosotros—, es haberles avisado a tiempo.

»—Más valdría que se hubiese olvidado para siempre —gruñó

Albert—. ¡Bonito rato acabamos de pasar por una cuestión tan estúpida!

»—No es una cuestión estúpida. La difunta lo tenía dispuesto así en su testamento.

»—¿Y qué decía el testamento, vamos a ver?

»—Tendré sumo gusto en leérselo el jueves a todos ustedes, ya que ahora el documento se encuentra en poder del juez Riley. Pero sustancialmente, la señora Margaret Stillman, al referirse a su cadáver, decía que lo legaba a la ciencia.

»—¿Y qué tiene que ver la ciencia con el cadáver de tía Margaret?

»—Ninguno de ustedes ignora que falleció a consecuencia de un cáncer cuando ya estaba en vías de curación gracias a un nuevo medicamento.

»—Y a los científicos les interesa mangonear en su pobre cadáver para saber hasta dónde habían llegado los resultados, ¿no? —Siguió gruñendo Albert—. Pues buen provecho les haga.

»La situación era tirante. Todos nos sentíamos molestos, y a propósito evitábamos mirar el ataúd mientras era cargado en la furgoneta de la Morgue. En el fondo considerábamos al notario Flanagan único culpable de lo que había ocurrido, aun sabiendo que él no había podido hacer otra cosa, y estábamos dispuestos a no ser amables con él. Pero nuestra posición se hizo aún más violenta cuando apareció en el cementerio el chofer de Flanagan.

»El notario tenía un hermoso “Cadillac” y un chofer, pues creía que así lo exigía su alta categoría profesional. Pero en esta ocasión ninguna de ambas cosas iba a servirle de nada.

»—Se ha estropeado la bobina del coche, míster Flanagan —dijo el chofer con cara de circunstancias—. No consigo arrancarlo y lo peor es que no llevo ninguna de repuesto.

»Albert rió sordamente. Empezaba a lloviznar, y con el viento intenso y gélido de aquella tarde las gotitas de lluvia nos penetraban a todos hasta la misma piel. Le divirtió la perspectiva de un notario Flanagan regresando a San Francisco a pie o en la furgoneta de la Morgue.

»—Siento no poder ofrecerle un asiento —dijo con acento falsamente compungido—. Nuestro automóvil es pequeño.

»—No hace falta que seas insolente, Albert —musité yo—.

Nosotros sólo somos tres, y nuestro “Lincoln” es de seis plazas. El señor Flanagan puede volver perfectamente con nosotros a la ciudad.

»—Como quieras —se encogió de hombros—. Siempre es muy bonito hacerse la niña buena.

»—Si yo fuese una persona orgullosa —dijo Flanagan—, rechazaría indignado el ofrecimiento de *miss* Stella y volvería, a San Francisco junto con el juez, o en la misma furgoneta de la Morgue. Pero quiero aprovechar la oportunidad que se me ofrece de hacer con ustedes el viaje para explicar mi actitud. Lo último que quisiera en este mundo es que ustedes siguieran creyendo que no he obrado bien. Soy el notario de la familia desde hace más de un cuarto de siglo...

»—Ésa es una buena razón —dije—. Acompáñenos, míster Flanagan.

»Salimos del cementerio y nuestro coche enfiló lentamente la carretera bajo la mansa lluvia. La carretera asciende por la colina, traza una curva y desde ella se domina en un momento dado todo el cementerio. Es una visión fugaz, pero estremecedora. Todos los panteones estaban esa tarde bañados por la lluvia, y los cipreses se doblaban y gemían bajo el viento. Detrás nuestro, como si no pudiese con el peso del cadáver que transportaba, avanzaba renqueando la furgoneta de la Morgue.

»El notario Flanagan, sentado a mi lado, explicó en voz baja:

»—Como les he dicho, *miss* Margaret, antes de morir, redactó ante mi válido y último testamento en el que disponía de sus bienes para después de su muerte. El jueves se lo leeré y conocerán ustedes la forma en que quedó distribuida su fortuna, que por cierto no era muy importante. Pero lo que sí dispuso de una forma expresa fue que su cadáver debería ser entregado al Instituto Anatómico para estudios de Medicina.

»—Ya nos ha explicado eso —dijo abruptamente John.

»—Pero se dio la desdichada circunstancia de que ustedes lo ignoraban —siguió explicando pacientemente el notario—, y cuando *miss* Margaret murió dispusieron normalmente su entierro. Pagaron los gastos, trajeron el cuerpo aquí, le dieron sepultura y todo lo demás.

»—Era lo lógico —masculló John, volviéndose y olvidando la

conducción por unos segundos—. Y si usted tuviese sentido común, míster Flanagan, habría hecho maldito caso de lo del testamento y nos hubiese dejado en paz.

»—Pero ¿no comprenden que no podía hacerlo? —gimoteó el notario—. Habría sido faltar a mi deber... *Miss* Margaret Stillman me designó precisamente a mí para cumplir esa cláusula de su testamento, y yo acepté el mandato dando fe de que la cumpliría. Son ustedes los que no tienen sentido común... En el fondo, lo único que ocurrió fue que yo me enteré de la muerte de *miss* Margaret cuando ya estaba enterrada.

»—Por eso mismo debió haberse olvidado del encarguito —dijo con sorna Albert.

»—Repito que no podía. Tuve un buen problema de conciencia, se lo juro, pero después de examinar la situación corrí a ver al juez Riley, le mostré el testamento y le pedí que autorizara la exhumación, teniendo en cuenta que el cadáver aún no llevaba ni cuarenta y ocho horas bajo tierra. Ustedes, como es lógico, debieron ser citados en calidad de testigos. No pude hacer nada para ahorrarles esa molestia.

»—No ha sido una molestia —dijo John—, sino un verdadero choque moral. Me gustaría que se hubiese encontrado usted en nuestro caso.

»—Y ustedes en el mío. ¿Qué querían que hiciese? Sólo una cosa habría solucionado el problema a gusto de todos.

»—¿Ah, sí? —preguntó Albert sin interés—. ¿Cuál?

»—Pues... que hubiese habido dos cadáveres de tía Margaret. Uno para el Instituto Anatómico y otro para enterrarlo ustedes a su gusto. Pero como eso es imposible...

»¡Que hubiese habido dos cadáveres de tía Margaret!

»Sin saber por qué, me estremecí.

»Miré hacia atrás, hacia el cristal posterior bañado por la lluvia. Aún se veía aquella curva y bajo ella la extensión espantosa, desolada, del cementerio...»

Lancaster terminó de leer y arrojó las cuartillas mecanografiadas sobre la mesa.

—¿Quién es Stella, esa sobrina de Margaret Stillman? —preguntó.

Thompson, que estaba sentado a su lado, no le contestó por el momento.

Estaba mirando a Elsie, la redactora de los Ecos de Sociedad. Elsie era muy alta, tenía unas piernas largas y bonitas, y estaba quejándose de la calidad de las medias que las cubrían. Los ojos de Thompson se hallaban vidriosos y no conseguía apartarlos de allí.

—Primero decidí usarlas de nylon corriente —decía Elsie—, y luego gasté más dinero y las adquirí todas de nylon especial. Pero es igual, se llenan todas de carreras. ¡Mira, mira...!

Y mostraba una generosa extensión de aquel nylon a Pérsica, su compañera de Deportes Femeninos, sin querer darse cuenta de que Thompson las estaba mirando a las dos. Cuando Elsie terminó de hablar, Thompson tragó saliva. Lancaster tuvo que arrojarle casi el papel a la cara.

—¡Te he preguntado que quién es esta chica!

—¿Quién? ¿Elsie?

—¡No, demonios! La autora de esto.

—¡Ah! Stella Finley, una sobrina carnal de esa tal Margaret Stillman, la difunta. Su cuento va a ganar esta semana el premio de los cincuenta dólares.

—Pero ¿es que esto es un cuento?

—No sé por qué te metes en lo que no te importa, Lancaster. Lo estaba yo repasando para enviarlo a la linotipia y casi me lo has quitado de las manos.

—Porque tú estabas atento a la exhibición de Elsie, muchacho. Pero dejemos eso. ¿Se trata de un cuento?

—No, claro que no. Si fuese un cuento no podríamos aceptarlo así. Date cuenta de que no termina, de que no tiene un desenlace lógico y normal. Esto que has leído es un hecho que sucedió realmente.

—¿Cuándo?

—Pues... ¡yo qué sé! Hará cuatro, cinco semanas...

—¿Por qué lo publicáis?

—Preguntas más que un federal, Lancaster.

—Es que soy un federal, aunque por poco tiempo.

—Me gustaría que a veces lo olvidaras —Elsie ya se había alejado, y ahora Thompson estaba más atento a la conversación—. Ya puedes imaginarte que éstas son cosas normales en un periódico,

como el nuestro, que intenta ganar lectores. Hace un par de meses convocamos una especie de concurso: «Explique usted en nuestras columnas el suceso de su vida que le haya pausado más impresión». Prometíamos publicar todo lo publicable, y encima premiar el mejor relato mensual con cincuenta dólares. Van llegando escritos, la mayor parte de ellos tontos. Relatos sentimentales sin interés o cuentos de brujas que ya no cree nadie, escritos por gente que aspira a ver su firma en letras de molde. Pero de vez en cuando llega alguna cosa que llama la atención. Como eso.

Lancaster acarició las cuartillas suavemente.

—Es un relato extraño.

—Desde luego. Pero si te fijas no tiene nada de particular. Aunque comprendo la impresión de esa muchacha, todo lo ocurrido es perfectamente lógico.

Lancaster se acarició la barbilla.

—Oye, Thompson...

—Dime.

—¿Qué hubiera ocurrido si llega a haber dos cadáveres de tía Margaret?

Thompson abrió y cerró los ojos un par de veces en un par de segundos.

—Bueno, Lancaster, está bien. Tú ganas. Dejo el trabajo y me largo contigo a tomar un *whisky* doble.

—Sabes que no tengo ganas de tomar un *whisky* doble. No estoy de humor.

—Creí que habías venido a eso.

—No.

Lancaster seguía acariciándose la barbilla.

—Thompson... ¿qué hubiese ocurrido si llega a haber dos cadáveres de tía Margaret?

—Eso es absurdo.

—Pero ¿qué hubiese ocurrido?

Thompson decidió tomarse las cosas por el lado alegre. Lanzó una fuerte carcajada.

—¡Pues... el notario Flanagan lo dijo, muchacho! ¡Todo se habría resuelto a satisfacción de todos! Los del Instituto Anatómico hubieran tenido un cadáver para sus estudios y los familiares otro para enterrarlo como Dios manda.

—¿Y... qué hubiera sucedido luego?

—¿Cómo luego?

—Después...

—Oye, Lancaster, no sé a dónde quieres ir a parar, No te entiendo. Y quede claro de una vez por todas que no me gusta hablar de muertos. ¿No te has fijado en las piernas de aquella chica? Se llama Elsie.

—No, no me he fijado.

Thompson lanzó un gruñido.

—A veces eres medio tonto. ¿De qué hablábamos?

—Lo sabes perfectamente. Preguntaba qué hubiera sucedido después, una vez los del Instituto Anatómico hubieran estudiado un cadáver y los familiares hubieran enterrado otro. Deja volar un poco tu imaginación, pero contéstame con lógica.

—Con lógica voy a contestarte, Lancaster. No hay más que una respuesta, o mejor dicho, dos.

—¿Cuáles?

—Pues depende de la clase de estudios que hubiera sido necesario realizar sobre el cadáver. Caso de haberse precisado una disección total, habrían quedado unos pocos restos de la pobre tía Margaret, restos que hubieran ido sin duda al horno crematorio.

—Y de ese cadáver no hubiera quedado más que una referencia en cualquier viejo libro de la Morgue. Ya tenemos una de las dos respuestas. ¿Cuál es la otra, Thompson?

—Pues... Bueno, ¿te parece indispensable hablar de esto? ¡Sabes de sobra que una persona no tiene más que un cadáver! Y eso ya da bastante trabajo. ¡Arreglados estaríamos siuviésemos que preocuparnos de dos!

—Estamos hablando en mera hipótesis, Thompson. Como dos amigos que tienen una conversación sobre el otro mundo. ¿Cuál, es la segunda respuesta?

—Caso de que al cadáver no hubiera sido necesario hacerle otra cosa que la autopsia —dijo resignadamente Thompson—, el cuerpo habría quedado prácticamente entero y en disposición de recibir sepultura.

—¿Quién lo hubiera sepultado? Tú entiendes de estas cosas tanto como yo.

—¡Hubiera recibido sepultura con cargo a los presupuestos

municipales, cuerno! Los cadáveres cedidos para estudio a las escuelas de Medicina pertenecen a ésta, y una vez utilizados es el Municipio o el Estado el que corre con todos los gastos y diligencias para la sepultura. No necesito decirte que es natural que así sea.

—¿Se cita a alguien en las ceremonias funerarias?

—¿Para qué? Lo lógico en estos casos es que se trate de muertos sin ningún familiar.

—Pero tía Margaret los tenía.

—Bueno, pero ellos ya la habían enterrado... ¡Diablos! ¿De qué cuerno me estás haciendo hablar? ¡Me estoy armando un lío!

Lancaster, desviando la mirada y paseándola por la extensa sala de Redacción, encendió un cigarrillo con calma.

—Te he dicho que me contestaras con lógica, pero dejando vagar un poco la imaginación. Sé perfectamente que lo que te estoy preguntando no es posible que suceda, no obstante lo cual me interesa conocer tu opinión, que es la de una persona sensata. Tenemos un cadáver enterrado por los familiares y otro en disposición de ser enterrado por el Instituto de Anatomía una vez hechos los estudios. ¿Cómo se procedería? Piensa que tía Margaret tiene familiares y que hay un certificado de defunción en regla.

—Es natural.

—¿Qué se haría, de cara a esos familiares?

—Pues... —Thompson vaciló—. Recuerdo que una vez, cuando empezaba en el periodismo, hice un reportaje sobre una cosa de ésas. Se efectúa el entierro sin más trámites, ya que los familiares han dado su conformidad al Instituto de Anatomía para obrar según sus reglamentos oficiales, y éste ha firmado un recibo del cadáver. Quizá, a título de simple cortesía, se invitara a la ceremonia al pariente más cercano.

—¿Y qué?

—Pues que se le entierra. ¡Qué preguntas más tontas haces! Además, no veo que la cosa tenga ninguna gracia.

—¿Dónde se le entierra, Thompson?

—En el cementerio... No van a hacerlo en plena calle, supongo. ¿O hemos de examinar también esa hipótesis?

—Déjate de ironías, Thompson. Sigamos hablando con lógica, como si todo eso hubiera sucedido. ¿Qué más?

—Ya hemos terminado. Una vez enterrado el cadáver, ya no sé

qué otra cosa se puede hacer.

—¿Cuántos cementerios hay en San Francisco?

Thompson se echó hacia atrás en su silla rotatoria, en actitud reflexiva, aceptando uno de los cigarrillos que le ofrecía Lancaster.

—Déjame recordar... A ver: Uno, dos... Siete. Hay siete cementerios, que yo recuerde, sin contar un par de cementerios eclesiásticos que corresponden a la época española, pero, donde prácticamente ya no se entierra a nadie.

—Y un cadáver en las condiciones del de la pobre tía Margaret, ¿a dónde iría a parar?

—No lo sé. Probablemente a la fosa común de cualquiera de ellos o, en el mejor de los casos, a un nicho barato de los que tiene reservados el Municipio de San Francisco.

—Muy bien. Continúa.

—Estoy viendo que me vas a hacer continuar hasta que lleguemos al Juicio Final de la pobre tía Margaret, en el valle de Josafat; y no sé si voy a tener imaginación y «lógica» para llegar hasta allí. Porque todo lo que estamos hablando es absurdo.

—Simple hipótesis, amigo, simple hipótesis. Imagina que ya tenemos los dos cuerpos de tía Margaret enterrados, y en diferentes cementerios, como es lo más probable. ¿Qué sucede?

—Que en dos cementerios distintos de la capital habría dos lápidas con el mismo nombre.

—¿Quién se enteraría?

Thompson por poco se traga el cigarrillo. Luego dio vueltas al asunto y le pareció darse cuenta de que era divertido. Lanzó una alegre carcajada mientras expelía por la nariz dos chorros de humo.

—¡Nadie! Eso es lo mejor de tu hipótesis, Lancaster. ¡Nadie! Habría una tumba, la que hubieran pagado los familiares de tía Margaret, que cada año recibiría una corona en el Día de los Difuntos. Y otra, la del Municipio, que yacería años y años completamente olvidada. Los familiares de tía Margaret, claro, conocerían la existencia de las dos tumbas, en el caso... Bueno, en el caso de que tía Margaret fuese tan lista, la pobre, que tuviera dos cuerpos. Pero nadie más. Nadie se daría cuenta de que entre el millón de lápidas que debe haber en los cementerios de San Francisco había dos con el mismo, nombre y casi la misma fecha.

—¿Existe en la ciudad un registro central de sepulturas?

—Demasiado sabes que cada cementerio lleva su registro particular, y que aparte de eso se toma nota de la defunción en el Registro Civil. Es suficiente.

—Claro. Nadie se daría cuenta. Pero vamos a profundizar más aún y a suponer que existiera una especie de registro central. ¿Llegarían allí a advertir la anomalía?

—Es posible, pero no fácil. Ten en cuenta que las dos sepulturas habrían sido ocupadas en fechas distintas.

—Claro.

—¿Has llegado ya al fin, Lancaster?

—No. ¿A quién habría que mostrar el certificado de defunción?

—A los de los servicios funerarios que, como sabes, se limitan a tomar nota. En cuanto a los del Instituto Anatómico no haría ni falta, puesto que precisamente quieren el cadáver para investigar las causas de la muerte. Si observaran algo raro, no necesitan el certificado de defunción para armar lío, te lo aseguro.

Lancaster depositó en el cenicero los restos de su cigarrillo y juntó pensativamente ambas manos.

—Me parece que nada más, Thompson. Hemos llegado al fin lógico, Nada más.

—Fin lógico te lo puede parecer a ti, amigo, y aun a mí, que estoy acostumbrado a tus idioteces, pero cualquier otra persona se reiría. Piensa que todo lo que hemos hablado es sobre la base... ¡de que una persona se muera dos veces, o sea, que tenga dos cadáveres!

—Sí, ésa es la hipótesis.

—Pues estás listo si siempre piensas así. No me extraña que te retires.

—No me retiro por eso, lo sabes demasiado bien.

—¿Por lo de Finegan?

—Sí.

—¿Y por eso llevas una semana emborrachándote a diario?

—Sí.

—Estás arruinando tu vida, Lancaster. No obstante, si quieres que tomemos un trago, te acompañaré. Prefiero que bebas conmigo a que vayas recorriendo solo todos los locales de la colonia china.

—Gracias, Thompson. Esta noche precisamente no quiero beber.

—Y estás peor que si hubieras bebido...

Thompson dio un manotazo a las cuartillas que tenía sobre la mesa.

—¡Ha sido por esto, diablos! Este cuento, historia o lo que sea, te ha puesto peor de lo que estabas. No lo publicaré.

Lancaster se encogió de hombros.

—¡Qué más da! Publícalo.

—Es que la gente no lo va a entender.

—Tú mismo has dicho hace poco que iba a ganar el premio mensual de los cincuenta dólares. No vale la pena de que cambies de opinión por mí. A lo mejor esa chica, Stella... necesita los cincuenta dólares.

—Tonterías. Mira el papel en que escribe; es papel de lujo, unas cuartillas que no emplearía ningún profesional. Se trata de una aficionada que ha querido aparecer en los periódicos. No tenemos ninguna clase de compromiso con ella.

—De todos modos, publícalo.

—Está bien, lo haré. Y hablando de Finegan, ¿crees que lo condenarán a la última pena?

—Mañana he de declarar.

—¿Contra él?

—Es mi deber.

—¿Y qué harás luego?

—Retirarme del servicio. O arrojarme de cabeza a la bahía con una piedra atada al cuello. No lo sé.

Entrelazó los dedos con fuerza febril, hasta que sus manos quedaron blancas, y susurró:

—De todos modos, ésta es mi última noche como agente federal. Me han dejado prácticamente libre de servicio. No creo que me encomienden ya ningún otro trabajo.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono en la mesa de Thompson.

Éste tomó el auricular y luego lo tendió a Lancaster.

—Es para ti. Tu jefe.

Lancaster lanzó una maldición al tomar el aparato. Desde el otro lado del cable, el jefe debió oírlo.

Pero la ignoró.

—He estado buscándole por todas partes, Lancaster —dijo con voz tranquila—. Menos mal que le encuentro. Pase por aquí esta

noche. Tiene trabajo.

—¿Una misión?

—Sí. Tiene que encargarse de proteger a una chica. Una muchacha llamada Stella...

DOS

El jefe de Lancaster llevaba más de veinte años en el F.B.I., y ya no actuaba en misiones que exigieran salir de su despacho. Su trabajo consistía en estar metido hasta el cuello en los asuntos legales, en los procesos donde el F.B.I., intervenía como testigo de la acusación, en los expedientes por faltas en el servicio y en las corrupciones.

Odiaba al fiscal del distrito, a los abogados libres y a todos aquellos que de vez en cuando ponían cortapisas a su labor.

Sin embargo, cuando Lancaster entró en su despacho, situado en el piso veinte de un edificio más bien modesto, el jefe estaba con el fiscal del distrito.

Los dos fumaban, sentados en unas butacas que estaban muy juntas, y charlaban como dos tórtolos.

«Me extraña que estén de acuerdo en algo —pensó maquinalmente Lancaster—. Acabarán mordiéndose».

Cerró la puerta tapizada en cuero y se sentó en una butaca frontera sin esperar a que le invitasen a hacerlo.

—¿Me ha llamado, jefe? —preguntó—. ¿Para qué?

El jefe, un cincuentón llamado Owen, le miró con ojos sorprendidos.

—He hablado con usted hace veinte minutos, Lancaster. ¿Es que ya no lo recuerda?

—Claro que sí.

—¿Ha vuelto a beber?

Lancaster se encogió de hombros.

—¿Y qué más da?

Tenía, a pesar de su juventud, el aspecto derrotado de un hombre de sesenta años.

—Me pregunto —dijo el fiscal del distrito—, si un hombre así es el más adecuado para proteger a una muchacha que está en peligro

de muerte.

—He pedido ya retirarme del servicio —susurró Lancaster sin mirarle—. No crea que no me doy cuenta de todo eso.

—Está completamente desmoralizado —explicó Owen— porque tiene que declarar en contra de su amigo Finegan.

—Pero... ¿Finegan es amigo suyo?

El fiscal tenía la cara de quien acaba de oír un sacrilegio. Lancaster no miraba a nadie; miraba al vacío. Sus labios no se despegaron para contestar.

—No son exactamente amigos —musitó Owen—. Sólo ocurre que Finegan salvó la vida una vez, hace ya años, a Lancaster. Y a Lancaster le revienta enviarle con su declaración a la cámara de gas.

—Pero ¿cumplirá con su deber? —preguntó el fiscal.

Lancaster no contestó. Fue Owen quien lo hizo por él.

—No sé si pedir su recusación como testigo —murmuró el fiscal—. Siendo amigo del acusado, cosa que yo ignoraba, su testimonio no puede ser imparcial. Es capaz de echar por tierra todos nuestros esfuerzos. Finegan es un miserable espía.

—Finegan —dijo Lancaster en voz baja, demostrando por primera vez un levisimo interés—, es un pobre muchacho. Pero supongo que no me han hecho venir aquí para hablarme de eso.

—No —dijo Owen—. Le he llamado porque usted es uno de nuestros mejores expertos en vigilancias y protecciones personales.

—¿Sí? ¡Qué bien!

—No se haga ahora el tonto, Lancaster. Usted fue designado por el Gobierno, junto con otros expertos, para proteger a Mikoyan y a Krushev durante su visita a los Estados Unidos. Fue también a Moscú antes de que llegara allí el vicepresidente Nixon, a fin de organizar las medidas de vigilancia. Por eso le hemos elegido a usted.

—Y después de haber ayudado a proteger a todos: esos personajes, tengo que proteger ahora a una muchacha llamada Stella, ¿no? —preguntó aburridamente Lancaster.

—Eso es.

—¡Qué honor!

—No sea estúpido, Lancaster. Esa muchacha está amenazada de muerte. ¡Corre grave peligro de ser asesinada hoy mismo!

Lancaster suspiró con un suspiro que más bien parecía un bostezo. Aquella muchacha ya se había sentido una vez misteriosamente atraída por el cementerio. ¿Y qué, si la llevaban allí en calidad de muerta? Al fin y al cabo todos tenemos que morir.

Una indiferencia absoluta, casi brutal, se había apoderado del espíritu de Lancaster.

¡Si al menos pudiera beber unas copas!

—No sé —continuaba diciendo el fiscal—, si éste será el hombre más adecuado.

—¿No puedo beber algo? —susurró Lancaster.

—¿Lo ve? —gritó el fiscal—. ¿Lo ve?

Owen no contestó. Se limitó a ponerse en pie y dirigirse hacia un disimulado mueble-bar que había en su despacho. Preparó un vaso de *whisky* lleno hasta el borde, sin gota de seltz, y lo tendió a Lancaster, que bebió ávidamente su contenido de un solo trago.

—Va a retirarse del servicio —explicó Owen—. Ésta será su última misión. ¿Qué importa si bebe?

Aquélla era la hora de mayor animación en San Francisco, pues los empleados abandonaban sus oficinas y aparecían los periódicos de la tarde. Lancaster pensó que en uno de ellos aparecería el relato de Stella en el caso de que Thompson, el redactor jefe, no hubiera prescindido de él a última hora. Se encogió de hombros.

—Confiamos en usted, Lancaster —notó que le estaba diciendo el fiscal del distrito—. No conviene que esa mujer muera.

Sí, la hora de mayor animación en San Francisco. Las calles llenas. Los alegres y pequeños tranvías subiendo las empinadas cuestas. Las primeras luces en Telegraph Hill. Las primeras parejas de novios besuqueándose en los parques.

Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad, alejándose de sus inútiles pensamientos. El fiscal musitaba, como un disco rayado:

—No nos interesa que muera... No nos interesa que muera...

—¿Quién la ha amenazado?

—Nadie.

Lancaster se volvió a encoger de hombros.

—Entonces...

—Me explicaré —dijo Owen—. Ella ha de ser testigo de cargo en el proceso contra Sheridan.

—Parece como si en San Francisco no hubiera más que grandes procesos esta temporada —musitó Lancaster.

—Sí. El de Sheridan, el de Finegan...

—No tienen nada que ver uno con otro. Sheridan es un asesino, Finegan un pobre muchacho.

—Pero los dos estaban envueltos en actividades de espionaje.

—Sheridan es fundamentalmente un violador y un asesino, y si se vio envuelto en asuntos de espionaje fue solo porque eso da dinero. Igual ha traficado en drogas y ha ganado montañas de dólares enviando al arroyo a docenas de mujeres cuyos primeros abrazos amorosos había conocido él. —La voz de Lancaster era monótona, como si estuviese recitando una lección—. Me revienta que lo sitúe en el mismo plano que a Finegan.

—Usted ya sabe que Sheridan está atrapado —dijo el fiscal.

—Sí, por una cosa tonta. Por la misma cosa tonta que hace que sean atrapados todos los *gangsters* ricos del país: por no pagar los impuestos. ¿Y qué? ¿Lo van a expulsar de los Estados Unidos?

—Vamos a enviarlo a la cámara de gas —dijo Owen lentamente.

—¿Sí? ¿Cómo lo conseguirán?

—Sabemos bien que ninguno de sus crímenes ha podido ser probado, pero esta vez se le probará un asesinato.

—¿Por medio de esa chica llamada Stella?

—Sí.

—¿Qué ocurre con ella?

—Vio cómo mataba a Fina Morrison.

Lancaster se puso en pie pensativamente, dejó el vaso vacío sobre la mesa de despacho y miró suplicante a Owen como pidiéndole que le diese más *whisky*. Owen se negó con un imperceptible movimiento de cabeza.

Lancaster quería sentir alguna especie de interés por todo aquello, pero a pesar de sus esfuerzos no lo lograba.

—Fina Morrison es esa mujer que encontraron acuchillada cerca de un cementerio, ¿verdad? —preguntó mientras caminaba hacia el mueble-bar con lentitud y astucia.

—¡Vaya! Al menos lee usted los periódicos.

—Por pura casualidad. ¿Y Stella vio cómo la mataban?

—Sí. Esa muchacha fue al cementerio del norte hace una semana. Poco tiempo antes había tenido lugar allí la exhumación

del cadáver de una parienta suya.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Llámele casualidad, si le parece. La muchacha se sintió impresionada por el suceso y escribió un breve relato que envió a una sección del «San Francisco Star». El redactor jefe del periódico se llama Thompson. Es amigo mío y esta tarde he ido a visitarle, viendo sobre su mesa el original poco antes de que lo entregara a las linotipias.

—¿Qué tal escribe esa chica?

—¡Bah!

—Sin embargo, parece culta, inteligente... A mí me causó muy buena impresión cuando se presentó en mi despacho, acompañada de un teniente de la Brigada de Homicidios, para denunciar lo de Fina Morrison.

—¿Qué sucedió? Desde el principio, por favor.

—Es eso lo que voy a hacer. Como le decía, Stella se había sentido impresionada por aquella ingrata ceremonia, y durante unos días el cementerio fue para ella como una obsesión. Iba allí y se estaba una hora, dos, ante la tumba vacía. Cierta tarde debió pasar allí más tiempo que de costumbre, y cuando salió ya había anochecido. Fue en ese anochecer cuando mataron a Fina Morrison.

—¿Fue ella testigo presencial?

—Sí. Había aparcado su automóvil lejos del cementerio, en lo alto de la colina, porque le gusta andar un poco. Iba a abrir la portezuela cuando vio otro coche que ascendía. Un «Chevrolet» último modelo cuyos amplios cristales permitían ver todo lo que pasaba en el interior. Dentro había tres hombres. Uno que conducía y otros dos que ocupaban el asiento posterior, uno a cada lado de una mujer joven. Al tomar el «Chevrolet» la curva y hacerse visibles, Stella ya notó que los dos hombres zarandeaban a la mujer. Instintivamente, ella se agazapó, quedando oculta tras su propio automóvil, sin llegar a abrir la portezuela. De este modo los del «Chevrolet» vieron sólo un automóvil vacío, y creyeron actuar sin testigos.

—¿Qué es exactamente lo que Stella vio?

—El «Chevrolet» pasó de largo. Por la ventanilla posterior pudo ver Stella cómo uno de aquellos hombres daba un salvaje corte en el

cuello de la mujer, que acto seguido era lanzada del vehículo.

—¿Qué hizo Stella?

—Lo primero, esperar unos segundos hasta que el coche se perdió de vista. Después, correr junto a la víctima. Ésta había sido materialmente degollada, y estaba perdiendo la sangre a borbotones. Sólo logró balbucir la palabra «Sheridan» y acto seguido perdió el conocimiento.

Lancaster ya estaba junto al mueble-bar.

Owen no se atrevió a impedirlo, cuando le vio con la botella en la mano. Vio con los ojos entrecerrados cómo el agente bebía un chorro después de introducirse el gollete entre los labios.

—¿Y qué? —preguntó luego Lancaster, sin ningún interés.

—Stella corrió hasta el cementerio, que era el lugar que tenía más cerca, y pidió socorro. Cuando volvió, junto con dos empleados, la mujer estaba ya muerta.

—¿Avisaron desde allí a la policía?

—En efecto. Se presentaron los de la Brigada de Homicidios, y en vista de la importancia de lo que esa muchacha sabía, un teniente le trajo a mi despacho. Todos nos relamíamos ante la perspectiva de haber cazado a Sheridan.

—¿Cómo procedieron allí?

—Se hicieron las siguientes investigaciones y diligencias. Primera: se mostró a la muchacha la fotografía de Sheridan mezclada con otras varias de delincuentes parecidos, ella la reconoció enseguida como correspondiente al hombre que había degollado a Fina Morrison. Segunda: se siguió la pista del automóvil marca «Chevrolet» modelo 1959, parte de cuya matrícula recordaba Stella. Resultó ser un coche alquilado por un tal Burini, quien dijo que lo había necesitado para un «flirt». El tal Burini no tenía antecedentes.

—Pero supongo que investigarían para dar con la chica con la que él flirteó, ¿verdad?

—Por supuesto. Y aquí dimos con la segunda prueba. Era una tal Glenda Burns. Había sido una de las chicas de Sheridan y ahora estaba siendo explotada por él. Aunque confirmó lo que Burini decía, su declaración sonaba a falsa. Incurrió en contradicciones. Pero el solo hecho de que Burini hubiera acudido a ese testigo, indicaba ya que tenía alguna relación con Sheridan. Por si eso fuera

poco, Stella también lo reconoció en rueda como al conductor del automóvil.

Lancaster bebió otro trago.

¿Cuáles habrían sido los resultados de las carreras de caballos de aquella tarde?

Los caballos son mejores que los hombres.

—Le explico todo esto para que usted se dé cuenta de la importancia de su misión —seguía diciendo pacientemente el fiscal —, y abrigo la lejana esperanza de que usted me escucha, a pesar de su falta de atención... Cómo ve, tenemos dos buenas pruebas. Pero queda la tercera, que es la del automóvil.

—Manchas de sangre...

—No. Habían sido lavadas fácilmente sobre la tapicería enfundada en plástico. Pero hemos descubierto algún rastro levísimo, cosa que Burini se cuidó de explicar porque cuando fuimos a buscarle llevaba vendado un dedo. Dijo que se había cortado antes de ir a devolver el coche. No hay manera de analizar los levísimos restos de la mancha para averiguar si la sangre es del mismo Burini. Pero la mancha está en el asiento posterior, y no en el delantero, que es el que dijo haber ocupado en todo momento.

—No son malas pruebas.

—Hay otras complementarias, como por ejemplo la floja coartada de Sheridan acerca de cómo empleó su tiempo esa tarde; su enemistad con Fina Morrison, que se negaba a dejarse explotar por él y amenazaba con denunciar el sitio donde podían encontrarse sus libros de contabilidad secretos, etc...

—Pero Sheridan tiene excelentes abogados y ha salido airoso de otras situaciones muy malas —dijo Owen, sin apartar sus ojos de la botella de *whisky* que sostenía Lancaster—. Saldría también de ésta si no fuese por el testigo presencial, es decir, por Stella. Alrededor de ella giran todas nuestras posibilidades de enviar a ese monstruo a la cámara de gas.

—Ya me doy cuenta —dijo Lancaster.

Bebió otro trago.

—¿Cuál es la situación actual de Sheridan? —preguntó luego—. ¿Ha podido detenerle?

—Al estar procesado por no pagar los impuestos —dijo el fiscal —, se le había prohibido abandonar los límites de la ciudad de San

Francisco, cosa que respeta escrupulosamente. Después de las declaraciones de Stella hice que se extendiera una orden de detención contra él, pero, como me temía, su abogado me salió con una excepción de «*habeas corpus*». Tuve que ponerle en libertad vigilada, es decir, en esa libertad especial que él tan bien conoce, y que es tan poco legal como estrellar un automóvil contra la fachada de una escuela. Le dije: «Como salga de su hotel, le haré encarcelar por cualquier motivo. Sabe que tengo recursos. Intervendré su teléfono y haré detener con el pretexto más absurdo a toda persona que le visite». Sheridan no moverá un dedo. Está en su habitación de hotel jugando al ajedrez horas y horas con un compinche. Ni se acerca a las ventanas. Sabe que no le conviene resbalar.

—Supongo —dijo Lancaster guardando por fin la botella—, que ya le tienen reservada celda para después del proceso previo. ¿Cuándo se celebra?

—Pasado mañana, convocado con la máxima urgencia. Los jurados reconocerán sin duda que hay delito, que Sheridan es sospechoso de haberlo cometido y autorizarán su detención. Me río yo entonces de todos los abogados que ese tipo quiera enviarme.

—Pero para ello necesita que la chica declare, ¿no es así?

—Exacto. Necesito que declare pasado mañana y que continúe viva cuando se celebre el gran proceso. Su declaración enviará a Sheridan sin remedio a la cámara de gas.

Lancaster se sentó de nuevo. Ahora, después de haber bebido, se sentía mejor. Ya no tenía que acordarse de las carreras de caballos para sentir ganas de seguir viviendo.

—¿Teme que Sheridan haga matar a la testigo? —preguntó.

—Lo ha hecho otras veces y por eso ha podido librarse hasta ahora de la última pena. Muchos escándalos y muchos gritos, pero al final a la calle. Creo que esta vez pensará hacer lo mismo.

—Dudo que pueda, estando tan vigilado.

—Hay muchos medios para transmitir una orden. Por medio de consignas en una conversación telefónica que parece intrascendente. Por el mismo camarero que le sirve la comida en su habitación, o por la doncella que le trae la ropa limpia. No me hago ilusiones, Lancaster. Hay que proteger a esa muchacha, y para hacerlo he pedido consejo a Owen. Él ha pensado enseguida en usted.

—Eso —gruñó Lancaster—, es casi una ofensa.

—¿Por qué?

—Van a encargarme una misión de principiante.

—Lo parece tan solo.

—Yo tengo una idea mejor y más barata. Detengan a esa chica con cualquier pretexto. Enciérrenla hasta pasado mañana.

—No puedo hacerlo. Ella se niega a entrar voluntariamente en la cárcel, a pesar de que le he advertido del peligro que corre. No tiene miedo. Y no me atrevo a montar una farsa porque uno de los primos de Stella, un tal Albert Stolz, es secretario del gobernador del Estado. Poco dinero, pero muchísima influencia.

—Ya.

—No crea que es fácil proteger a una chica así —dijo Owen tratando de dar prestigio a aquel trabajo.

—Sea fácil o difícil, usted me manda que lo haga, ¿no, jefe?

—Será su última misión. Hágala bien, se lo ruego.

—¿Me regala su botella? Es escocés legítimo.

Owen se encogió de hombros, con un gesto de resignación, de dolorosa impotencia.

—Haga lo que quiera, Lancaster.

Lancaster se apoderó de la botella, que apoyó sin ningún disimulo, en uno de sus antebrazos.

—Al menos compre un periódico y tápela —rogó Owen—. Si no fuese porque usted ha solicitado la baja, no sé lo que haría. Su compañero Michael le dará una fotografía de esa chica, su dirección, una nota acerca de sus costumbres; en fin, todo lo que va a necesitar.

Lancaster se dirigió hacia la puerta.

—O. K. —dijo sencillamente, abriéndola.

Y salió.

TRES

No es desagradable proteger a una chica de veintidós años.

Uno tiene que preocuparse, sobre todo, de no perderla de vista y de que ella no note nada, porque así la protección es mucho más eficaz. Semejante tarea da lugar a muchas situaciones interesantes.

Por ejemplo, a Lancaster le indicaron dónde vivía Stella, que después de la muerte de tía Margaret se había trasladado a una pensión, en las afueras de San Francisco, en un barrio elevado que tenía hermosas vistas sobre, la Golden Gate. Le buscaron un apartamento cuyas ventanas dieran casi enfrente de las de la muchacha. El instaló allí su largavista, de modo que en cuanto Stella se olvidara de correr las cortinas, podría verlo todo como si estuviese dentro de su habitación. Se trajo un aparato a transistores para escuchar música de vez en cuando. E instaló su automóvil a muy poca distancia de allí, automóvil que le sería cambiado cada vez que un compañero viniese a relevarle. Así Stella no notaría que alguien la venía siguiendo.

La vigilancia empezó aquella misma noche.

Lancaster se compró un ejemplar del «San Francisco Star». El relato de Stella venía publicado en la página literaria, con dos buenas ilustraciones impresionistas. Lo leyó mientras la muchacha cenaba en la pensión. Luego, cuando ella entró en su cuarto, enfocó el largavistas.

Era como si pudiese tocarla. Stella, que vestía de negro, no corrió las cortinas. Estuvo un buen rato escribiendo en una máquina portátil, y luego puso unos discos. Cuando empezó a desnudarse tampoco corrió las cortinas, fiada de que había una calle amplia entre su ventana y la del edificio frontero. Lancaster podía distinguirla igual que en una sesión de «*striptease*» mucho más interesante que la de cualquier *cabaret*, por cuanto Stella era una auténtica señorita y sus gestos estaban llenos de espontaneidad.

Pero a los primeros detalles, Lancaster abandonó el largavista, con un gesto de repulsión hacia sí mismo. Aquello no era indispensable para protegerla. Se apartó de la ventana, tomó la botella de *whisky* y no prestó ninguna atención a su trabajo hasta que se hubo apagado la luz de la habitación de Stella.

A medianoche sonó el teléfono.

—Soy Wilding —dijo la voz al otro lado del cable—. Lo siento, pero soy el pajarito designado por Owen para sacarte del nido. ¿Puedo venir a relevarte?

—Ven. No hay novedad.

Wilding llegó a la habitación al cabo de diez minutos.

Era un tipo atlético, duro, quien cierta vez, luchando a brazo partido con un *gangster*, lo mató de un puñetazo. Por contraste, le gustaban las chicas delicadas y con la boca pequeña. En su habitación tenía montañas de fotografías de chicas de ésas, vestidas de forma que parecían el anuncio de una corsetería.

Entró y se sacudió el abrigo, dejándolo sobre el diván.

—No hace demasiado frío, a pesar de que dentro de dos días es Navidad. No he tenido ni que conectar la calefacción del coche.

—¿Qué cacharro traes?

—Un «De Soto» negro. Lo verás aparcado en la esquina, hacia la izquierda. Llévate el tuyo y mañana tomas el «De Soto» si hay que seguir a la chica. Así ella no notará que siempre llevas el mismo automóvil chupándole el parachoques. Yo me iré a pie.

Dejó unas llaves de contacto sobre la mesita, junto al aparato de transistores.

Luego se sentó en el diván.

—Estás muy silencioso, Lancaster. ¿Qué hace la chica?

—Duerme.

—Para dormir se habrá desnudado, ¿no?

—Se ve que estás poco al corriente de la moda. Ahora las chicas duermen vestidas.

Wilding lanzó un gruñido.

—Bueno, vete al cuerno. Tienes que relevarme mañana a las ocho.

—Tendrá que ser a las once. Aproximadamente a las diez he de declarar en el proceso contra Finegan.

—El fiscal del distrito ha solicitado un aplazamiento, de modo

que no tendrás que preocuparte por eso.

No sé si te alegrarás, pero significa un respiro para Finegan.

Lancaster se alegró, al menos por unos instantes.

Sus ojos adquirieron una mayor luminosidad, y hasta sus labios dibujaron una especie de sonrisa.

—Está bien, Wilding —dijo—. Vendré a las ocho puntualmente.

Desde la puerta se volvió para añadir:

—La chica duerme, y no creo que intente ninguna tontería; es decir, no creo que salga. Pero vigila bien su habitación por si ves en ella algo sospechoso. No olvides que eso es una pensión.

—¿Y qué?

—Un hombre designado por Sheridan puede figurar como huésped. Puede también entrar en la habitación de Stella a cualquier hora de la noche... y apuñalarla. Desde aquí no notarías nada, a menos que pusieses mucha atención.

Wilding, no supo por qué, se estremeció.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada, salvo emplear el largavista. Para eso está.

Y tener tu calibre 38 preparado.

—Lo tengo. Sabes que tiro bien.

—Gracias, Wilding.

Lancaster salió.

Al cabo de unos instantes volvió a entrar.

Había olvidado su botella de *whisky*.

—Gracias, Wilding —dijo otra vez.

Tomó el automóvil, salió de la ciudad y se fue a dormir a un hotel, en plena carretera, donde no le conociese nadie. Allí terminó la botella y estuvo pensando, sin poder cerrar los ojos, hasta que por la ventana asomaron las primeras luces del alba.

A las ocho encontró a Wilding inquieto y taciturno, paseando por la habitación.

Un detalle no pasó inadvertido a los perspicaces ojos de Lancaster. Wilding llevaba polvo en los zapatos, que estaban relucientes la víspera.

—Has tenido que salir —comentó.

—Sí, Lancaster.

—Y a pie...

—No pretenderías que siguiese a esa chica en el «De Soto», que es un portaaviones, por las calles solitarias. Habría sido como poner un anuncio luminoso para que se diese cuenta.

—¿Es que ha salido?

—Claro que ha salido, trueno.

Lancaster, preocupado, se acercó al largavista y lo enfocó bien hacia la habitación frontera. Stella, ya vestida, iba de un lado para otro, arreglando pequeños detalles. La vio ordenar un búcaro de flores.

—Cuenta, Wilding —dijo—. Por favor.

—Pues es sencillo: esa chica tiene miedo. Hacia las tres de la madrugada vi que se encendía una luz en su habitación. Era una luz muy débil, situada sin duda a la cabecera del lecho. El largavista sólo me dejaba ver la silueta de la chica. Se arregló y salió.

—¿La seguiste?

—Naturalmente. Casi llegamos a la calle al mismo tiempo. No creo que notara nada.

—¿Qué hizo?

—¡Psch!... Dar vueltas por ahí. Calmar los nervios, supongo. Fue hasta la orilla de la bahía y estuvo un rato mirando el agua. Tuve como una corazonada: «Se va a matar», pensé. Pero no hizo nada sospechoso. Luego volvió grupas y regresó a la pensión.

—¿Crees que tiene la sensación de estar vigilada?

—Apostaría a que no.

—¿Tuviste la impresión de que acudía a una cita?

—Eso es lo primero que pensé, trueno; que salía para verse con alguien a una hora en que no pudiera ser sorprendida. Pero luego me di cuenta de que caminaba al azar. Lo mismo le daba una calle que otra. Y entonces fue cuando me di cuenta también de que tenía miedo.

—¿La seguía alguien más?

—Me fijé también en eso. No la seguía nadie, excepto yo.

—¿Seguro?

—Las calles estaban desiertas y yo me fijaba en todo. Seguro.

Lancaster abandonó el largavista. Wilding empezó a ponerse el abrigo perezosamente.

—Oye, Lancaster, esa chica es un monumento. Lástima que aquella maldita luz no me dejara ver más que su silueta.

Lancaster hizo con los labios una mueca desapacible.

—Creí que a ti te gustaban delgadas y frágiles. Ésta está más bien gordita.

—Está en su punto, Lancaster. Buenos días.

—Adiós, Wilding.

Wilding, desde la puerta, se volvió, señalando el largavista.

—Y suerte.

Cuando su compañero hubo marchado, Lancaster se encogió de hombros y puso en funcionamiento el aparato de radio, oyendo con los pies sobre la mesita un programa de música ligera. Luego empezó a ponerse nervioso y la música le pareció insoportable. Tanta inmovilidad le alteraba, y además empezaba a necesitar su ración de alcohol.

¿Cuántas botellas había bebido desde que detuvo a Finegan? ¿Ochenta? ¿Cien, tal vez?

No sabía si arriesgarse.

Examinó con el largavista la habitación de Stella y vio que ésta arreglaba un pequeño maletín, pero sin prisas. No tenía aspecto de ir a salir, por lo menos de momento. Lancaster se puso su gabán, bajó la cortinilla de la ventana y salió a la calle después de cerrar con llave la habitación.

El edificio entero estaba destinado a despachos. Nadie se fijó especialmente en él.

Además, muchos jefes habían cerrado, concediendo a sus empleados dos o tres días de fiesta con motivo de la Navidad. Se notaba en el ambiente ese aire cálido y hogareño que siempre envuelve a la mejor de las fiestas. En muchas puertas se veían pegados los «*Christmas*», y los carteros repartían ya montañas de felicitaciones.

Lancaster pensó por un instante, fugazmente, en Stella. ¿Quién felicitaría a la muchacha? ¿Tía Margaret, desde su nueva tumba? ¿O quizá el hombre que había de asesinarla?

Pensó en lo que le diría él, si hubiese de felicitarla. Le diría: «Felicidades, nena». Y nada más.

Se instaló en la barra de un bar desde el que veía la puerta del edificio donde estaba Stella y el «De Soto» aparcado. Pidió un *whisky* doble y compró a un repartidor un periódico de la mañana.

Mientras bebía, lo hojeó.

La tercera página hablaba del caso Finegan.

Lancaster, mientras leía a toda velocidad las columnas que el cronista dedicaba a aquel suceso, iba palideciendo.

Lo que él había tomado como una medida benevolente del fiscal —pedir un aplazamiento—, no era más que una añagaza para asegurar más la condena de Finegan. Había afirmado con medias palabras al periodista que no se fiaba del testigo Lancaster, quien debía deponer, en su calidad de agente del F.B.I., que detuvo a Finegan. Y había solicitado un aplazamiento para dar tiempo a que llegara desde

Sing-Sing

un antiguo compañero de Finegan, también detenido, quien comparecería como nuevo testigo de la acusación. El fiscal no ocultaba que con aquello, Finegan iría de cabeza a la cámara de gas.

Lancaster lanzó una maldición en voz baja y se bebió de un trago el resto de su *whisky* doble.

Luego pidió otro más.

Mientras lo bebía, mientras el licor parecía ir fundiéndose en su sangre poco a poco, una sorda irritación le invadía haciendo que sus dientes se apretaran frenéticos contra el cristal del vaso. ¿Por qué aquel ensañamiento con Finegan? ¿Es que no se daban cuenta de que, al fin y al cabo, era un pobre muchacho? ¿Es que ya no existía la piedad?

Pidió otro *whisky*.

Al beberlo, se sintió mejor. No esperaba a que Finegan saliera de San Quintín, del pabellón de los condenados, para ser conducido a la cámara de gas. Pediría permiso y se largaría a Méjico. A Méjico aquella misma mañana. Que Sheridan se comiese cruda a Stella si eso le hacía feliz.

Su ira subía por momentos, pero a pesar de eso le acometió, después del tercer vaso, una gran depresión.

No le concederían el permiso para irse. Ni tan siquiera tenía pasaporte. Owen podía hacerlo detener si antes de serle concedida la baja se negaba a realizar un servicio.

Estaba encadenado también, tan encadenado como Finegan.

Muy bien. Fingiría proteger a Stella, pero no se iba a preocupar de ella en absoluto. El lugar que tenía alquilado para la vigilancia

era un sitio estupendo para pasarse dormido en él dos o tres días, trasegando alcohol.

Su radio aún tenía pilas para muchas horas. Desde este mismo bar le podían subir botellas.

Diría a Wilding que se fuese al cuerno, que no le relevase.

Pagó y se dispuso a volver a su despacho. Un sitio estupendo para beber y dormir...

Pero de pronto algo le hizo cambiar a la fuerza de opinión.

Iba a tener que abandonar aquel observatorio porque Stella se mudaba. La vio desde la acera, vestida con un ligero abrigo gris, más hermosa que nunca, cargando dos pequeñas maletas en un coche, un «Chrysler» blanco modelo 59.

No se iba sola, además. Se iba con un hombre.

Lancaster les vio cerrar el departamento portaequipajes, situarse a los dos en la parte delantera del coche y arrancar suavemente sin que Stella dirigiese una sola mirada hacia atrás.

Una especie de sentido instintivo del deber empujó a Lancaster.

Buscó las llaves del «De Soto», que estaba aparcado a poca distancia, puso el contacto y arrancó enseguida, directamente en segunda, sin perder de vista la popa del coche donde viajaba la muchacha.

Empezó a lloviznar.

CUATRO

Todos los escaparates y todas las fachadas de los edificios comerciales de la ciudad estaban llenos de anuncios alusivos a la fiesta navideña. Aquí unas flores monumentales que se encendían y se apagaban. Allí un Papá Noel que hacía reverencias y se acariciaba su larga barba. En la mañana gris y plomiza, que había descargado en una lluvia fina, todos los anuncios luminosos iban encendiéndose.

Lancaster los observaba al pasar, a través del cristal del parabrisas, sin perder un instante de vista el automóvil donde viajaba Stella.

Desde el primer momento se dio cuenta de que iban a salir de la ciudad.

Sin acelerar nunca, siguiendo las hileras interminables de coches, el «Chrysler» se fue alejando de las arterias más concurridas para enfilar las fenomenales rectas de la autopista de Los Ángeles. Allí aumentó su velocidad, aunque sin dejar un momento atrás el «De Soto» de Lancaster.

Éste se situó a poca distancia, seguro de no haber sido observado hasta entonces.

Luego pasó, redujo la velocidad y se dejó pasar, repitiendo el juego un par de veces para que los del «Chrysler» le tomaran por un viajero más que hacía la misma ruta.

Vio con el rabillo del ojo, al pasar en una de las ocasiones, que el tipo que acompañaba a Stella era joven, delgado y vestido con pulcra elegancia. También debía de ser fuerte, a juzgar por sus hombros y los músculos que se tensaban en su cara. Llevaba el brazo derecho pasado por encima de los hombros de Stella.

Sin saber por qué, esto molestó a Lancaster.

Luego se echó a reír. ¿Y a él qué le importaba? Si Stella tenía novio y se fugaba con él, no era cosa suya. Se encogió de hombros.

Cuando llevaban recorridas unas seis millas de la autopista de Los Ángeles, y estaban aún, por decirlo así, en los arrabales de San Francisco, el «Chrysler», que en esta ocasión iba delante, dobló hacia una carretera secundaria situada a la derecha.

Lancaster pasó de largo, para no llamar la atención, y dos minutos después giraba, volvía atrás y tomaba a su vez la carretera secundaria.

Los edificios que había en esa carretera se le quedaron extrañamente grabados en la memoria, igual que si los estuviese viendo en una cinta cinematográfica. Eran un pequeño motel, un «*drugstore*», un taller mecánico con poste de gasolina y una casa.

El taller mecánico ostentaba un letrero que decía: Abierto sólo hasta las seis de la tarde, al igual que el «*drugstore*». El motel era pequeño y no tendría más allá de ocho habitaciones. A Lancaster le llamó la atención la total ausencia de coches frente a él, hasta que vio el cartel pintado con letras rojas: «Inauguración, la semana próxima. Todo confort. Confíe en nuestra discreción».

En el «*drugstore*» no había prácticamente nadie. Debía vivir de los escasos automóviles que tomaban aquella ruta, la cual se extendía hasta el infinito, interminablemente recta, sin un solo edificio a los lados.

«Después de las seis de la tarde —pensó Lancaster—. Esto debe ser igual que un cementerio».

Examinados, pues, el motel, el «*drugstore*» y el taller de reparaciones, concentró toda su atención en la única casa, la cual estaba rodeada de un jardín con altos árboles.

No cabía duda de que el automóvil había entrado allí, pues no se le divisaba en las casi cuatro millas de recta que se extendían ante el «De Soto», hasta llegar a un cambio de rasante.

Lancaster dio un rápido giro e hizo entrar su coche en el taller de reparaciones.

—Cierro a las seis —dijo el dueño, al verle descender—. ¿Es importante la avería?

—Me parece que no se hará usted millonario aquí, amigo.

—Cuando inauguren el motel tendré abierto toda la noche. Pero ahora, ¿para qué? Diga, ¿es importante?

—Debe de suceder algo en la caja de cambios. Hay momentos en que las marchas hacen un ruido extraño al entrar. Le agradeceré

que eche un vistazo. ¡Ah! Y haga también un engrase general.

—Eso me ocupará todo el día, aun contando con que los cambios estén bien.

—No importa. Me encontrará en el «*drugstore*». Si me he dormido despiérteme.

Salió del taller y se dirigió al otro establecimiento, que estaba casi enfrente. Un sitio tan bueno para beber como cualquier otro, bajo la mañana gris, acompañado tan sólo por el suspiro de la lluvia que caía mansamente.

No necesitaba nada más.

¿Tendrían buen *whisky* en aquel condenado establecimiento?

Lo tenían.

Un escocés muy seco que tardaba en subirse a la cabeza. Tenían también una chimenea con un buen fuego. Y una chica que leía revistas distraídamente, sentada en un rincón, y cuyas piernas parecían el anuncio de una casa de medias.

Lancaster buscó la cabina del teléfono.

—Quiero hablar con Owen —pidió, cuando le dieron la comunicación, Lancaster.

Owen se puso al cabo de unos segundos. Tenía una voz suave y untuosa.

—Ya sabía yo que había tenido que salir, Lancaster. Sí que lo siento... Le he llamado por teléfono dos veces y no me contestaba. ¿Dónde está ahora? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Morirse.

Hubo un silencio al otro lado del cable.

—Espero por su bien que le concedan la baja, Lancaster —suspiró Owen, al cabo de un instante—. De lo contrario lo pasaría muy mal. Si le disgusta lo de Finegan, métase con el fiscal del distrito, no conmigo. ¿Dónde demonios está ahora?

—En la secundaria número once, tan sólo a unas cinco millas de San Francisco.

—¿Y la palomita?

—En una casa situada a unas quinientas yardas de aquí. Le hablo desde un «*drugstore*», uno de los pocos edificios que hay en esta carretera. He dejado mi coche en un taller de reparaciones, con una avería imaginaria, para que estuviese oculto unas cuantas horas. La casa donde ahora se encuentra Stella está aislada

completamente.

—¿Tiene jardín?

—Sí.

—¿Puede ver lo que ocurre dentro?

—No, a menos que me acerque mucho.

—¿Por qué ha ido Stella ahí?

—No lo sé, pero está en la casa con un hombre. Por cierto, no sabía que Stella tuviese novio ni ninguna amistad masculina de carácter íntimo.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado del cable. Por fin se volvió a oír la voz de Owen, un poco confusa:

—Nosotros no lo sabíamos tampoco, Lancaster. Esa chica era muy retraída. Escribía poesías y cosas así.

—Pues con el hombre de quien le hablo tiene cierta confianza. Lamento no poder dar ningún dato concreto para que hagan una investigación en los archivos. Y, ahora, óigame bien, Owen.

—¿Qué es lo que tengo que oír?

—No voy a continuar con este estúpido trabajo, de modo que envíeme a Wilding y que se haga cargo de él. Le voy a dar la dirección exacta.

—¡Lancaster!

La voz de Owen era ronca, agria.

—¡Está usted pasando por una crisis terrible, Lancaster, y es el único que no se da cuenta! ¡Si algo queda en usted de sentido del deber, de disciplina, de honradez profesional, debe terminar esta misión sin ayuda de nadie! ¡Usted no ha buscado lo de Finegan; no tiene la culpa! Olvídese de todo lo que no sea el estricto cumplimiento de las órdenes.

—Oiga, Owen...

—No le enviaré a Wilding ni a ningún otro compañero. Esta misión es suya, Lancaster. Quizá estoy loco, pero todavía me atrevo a confiar en usted.

Owen colgó.

Lancaster se quedó mirando unos instantes el auricular como si éste fuera un bicho raro. Luego colgó también, encogiéndose de hombros, y salió de la cabina.

En la barra tenía ya lista la botella de *whisky* que había pedido al entrar. La chica de las revistas se movía perezosamente, haciendo

ademanos de gata que se encuentra a gusto junto al fuego.

Lancaster se sirvió un vaso y lo vació de un trago.

El dueño del establecimiento le miraba.

—¿Avería? —preguntó.

—Sí. El cambio de marchas.

—Mal asunto. Tardarán en desmontarlo varias horas. Y si a las seis no está listo puede despedirse de su cacharro hasta el día siguiente. James es muy puntual.

—¿James es el mecánico?

—Sí. No empezará a preocuparse en serio de su taller hasta que inauguren el motel. Entonces tendrá clientes...

—Esta carretera debe de dar poco negocio. Es muy solitaria.

—Hay un tramo, siete millas más allá, que está en reparación desde hace un par de meses, y el tráfico se desvía. Antes no era así.

—Lo siento por ustedes.

—¡Bah! Cuando abran el motel, la poca circulación favorecerá todo esto. Vendrán muchas parejas desde San Francisco. Parejas de esas que no van a ninguna parte.

—¿Y esa casa?

—¿Cuál?

—¡Diablos! Son los únicos vecinos que tienen y aún lo pregunta. La que está a unas quinientas yardas.

—¡Ah, ya! Ésa es como si no existiera. La alquilan por temporadas. El último año la tuvo un músico, y hace dos años un poeta. Gente de poco dinero y poco ruido. Apenas se les veía.

—¿Quién la ha alquilado este año?

—No lo sé. Nadie...

Lancaster bebió otro vaso de *whisky* y bostezó como si el tema le aburriera soberanamente.

—Cuando yo venía me ha parecido ver entrar en el jardín un automóvil moderno.

—No me he fijado.

La muchacha que estaba junto al fuego descruzó las piernas y dijo, sin interés:

—Yo los he visto. Un hombre y una mujer.

El dueño la presentó con un gesto, ante la mirada interrogativa de Lancaster:

—Es mi sobrina Sally. Estudia Pintura y Arte en la Universidad,

y de vez en cuando viene aquí a pintar algún paisaje. Reconozco que es más observadora que yo.

—¿Ha pintado usted esa casa? —preguntó Lancaster.

—Sí. Me llamó la atención el año pasado. Es tan triste... No sé si me entenderá, pero no me gustaría que se convirtiera en el nido de dos enamorados. Estaba mejor sola.

Lancaster asintió.

—Los humanos no hacemos más que manchar las cosas con nuestra presencia. Todas las casas, todos los paisajes y todos los objetos solitarios, están mucho mejor así.

Luego miró hacia la puerta de cristales. La lluvia había arreciado y las gotas salpicaban las letras doradas: «Drug Store. Open since 6 P.

M»... Lancaster se sirvió otra copa.

Pero no llegó a bebería. Sus dientes entrechocaron.

—Dios mío... —susurró, sin darse cuenta.

Acababa de pasar una motocicleta de reparto, y en la caja descubierta iba una corona con cintas negras.

La motocicleta se había dirigido hacia la casa.

CINCO

Stella descendió las escaleras y de pronto vio aquello. Fue como un relámpago de luz roja que la hubiera dejado ciega por unos momentos. Se apoyó en la barandilla con las dos manos y de su garganta partió un leve gemido.

Karl, desde abajo, la estaba mirando.

Tenía en la mano derecha una corona con cintas negras, igual que las que se ponen en los ataúdes para acompañar a los muertos. En las cintas, las letras doradas decían: «Eterno descanso, eterno recuerdo para ti».

Stella tragó saliva costosamente. Le costaba respirar.

Karl, desde abajo, susurró:

—Estoy seguro de que es un error. Baja, Stella, por favor. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias. Puedo... bajar sola.

Karl seguía sosteniendo la corona, y su mano no vacilaba. Eso dio a Stella una instintiva confianza, no sabía bien por qué. El hombre que había traído el fúnebre obsequio aún estaba en la puerta. Tras él, en el jardín, se oía el ralenti de una moto o un triciclo.

—Tiene que ser un error —repitió Karl, dirigiéndose ahora al mensajero—. ¿Quién ha encargado esto?

—No lo sé, pero puedo asegurarle que no solemos equivocarnos. Trabajo en la floristería Ranglely, de Wichita Bulevar, y nunca me había sucedido esto. ¿Ve la dirección? Es correcta.

Le tendía una tarjeta, que Karl leyó. En efecto, la dirección era correcta. No había nombre, pero estaban claramente puestas las señas de la casa.

—La confusión puede venir de que aquí no hay escrito ningún nombre —dijo Karl, devolviendo la tarjeta.

—Nunca los ponemos, señor, por una cuestión de delicadeza. A

veces hay amigos de la familia que, al encargar la corona, dan el nombre del difunto. Y causa un deplorable efecto llegar a una casa preguntando por el que ya no existe. Ésa es la razón de que sólo pongamos las señas.

Hizo una leve pausa y suspiró:

—Claro que nunca me ha ocurrido esto. Normalmente, a uno ya le esperan cuando llega la corona. Apenas hace falta decir nada. ¿Están seguros de que... no han tenido ustedes ninguna desgracia?

—¿Cree que si hubiera algún muerto en esta casa yo no lo notaría? —Gruñó Karl—. Bonito panorama para andar con bromas, amigo.

—Y bonito día para ir repartiendo coronas —gruñó también el mensajero—. No crea que la he traído aquí por mi gusto. Dígame si se la queda o la devuelvo. No puedo perder más tiempo.

Karl se mordió el labio inferior.

—Me la quedo —dijo, de repente.

—A mí me parece, estupendo, pero no sé qué va a hacer con ella si no hay, ningún muerto. ¿O es que piensa suicidarse y ya lo está preparando todo?

—Sus bromas no tienen ninguna gracia. Deme el número de esa floristería.

El mensajero le tendió la misma tarjeta donde estaba anotada la dirección de aquella casa.

—Aquí lo tiene impreso. ¿Quiere que dé algún recado en cuanto yo vuelva allá?

—No, gracias; telefonearé yo mismo. Tome.

Karl entregó un dólar de propina. El mensajero hizo un guiño, saludó alegremente y marchó. Apenas unos segundos después, se oía chirriar de cualquier manera el cambio de marchas de su moto.

Karl cerró la puerta, todavía con la corona en la mano.

Stella le miraba como hipnotizada, sin apartar su vista de las cintas negras y las letras doradas: «Eterno descanso, eterno recuerdo para ti».

—¿Por qué te la has quedado, Karl? —gimió, a punto de perder el control de sus nervios—. ¿Por qué?

—Necesito averiguar de dónde procede esta broma macabra —dijo él, y los músculos de su cara se tensaron como nunca—. El examen de esta corona me puede dar algún dato. Además,

telefonearé a la floristería.

Sostuvo la corona cuidadosamente y la depositó sobre una de las butacas del *hall*. Daba así una curiosa y estremecedora sensación, como si la butaca fuera un catafalco. Stella no quiso mirarla mientras Karl se dirigía al teléfono.

—Oiga... Necesito una comunicación con el 15 de Wichita Bulevar... Sí, no me retiro —hizo una pausa—. ¿Quieres tomar tú el teléfono, Stella, mientras yo escondo esto? No puedo resistirlo.

Por lo visto, a él también le daba la sensación de que la butaca era un catafalco.

Desapareció llevándose la corona. Estuvo ausente unos cinco minutos, durante los cuales se estableció la comunicación con la floristería de Wichita Bulevar. Stella preguntó quién había encargado aquella corona, dando todos los datos que le pidieron. La respuesta se hizo esperar un poco, porque sin duda consultaban algún libro de notas.

—La han encargado hace apenas una hora, señorita, diciendo que era muy urgente. ¿Es que no está conforme con el envío? Hemos puesto la mayor atención para lograr delicadeza en las flores y en el conjunto. Nos han dicho que era para una mujer...

Stella colgó.

Tenía como una bola formada en la garganta y le costaba respirar. El «chask» del auricular al ser colgado produjo en sus oídos como un aldabonazo. En ese momento entró Karl, ya sin la corona.

—¿Por qué has colgado, Stella?

—Es que ya he terminado de hablar.

—¿Qué te han dicho? ¿Quién ha encargado esa corona?

—No he preguntado ni tan siquiera el nombre. Sólo me han dicho que había sido encargada para una mujer.

Avanzó unos pasos, vacilante, y se dejó caer a plomo sobre una de las butacas. Afortunadamente para ella no se dio cuenta de que era la misma donde había estado la corona minutos antes. Karl se sentó en la butaca frontera, quedando entre los dos una mesita. Buscó su mano a través de ella.

—Stella...

Ella no contestó. Evitaba mirarle. Sus ojos estaban fijos, como obsesionados, en la puerta.

—Stella... ¿Es que crees que no se trata de un error? ¿Supones

que esto tiene algún significado?

—Sí.

—¿Qué es lo que supones? Explícame tu pensamiento con toda claridad. Es posible que entre los dos podamos encontrar una solución.

—Todo es muy sencillo: Sheridan avisa que me matará.

—¿Sheridan? ¿Pero no te das cuenta de que está prácticamente prisionero en su habitación del hotel? No niego que con muchas dificultades pueda dar la orden para que te maten, y precisamente por eso te he traído aquí, para que estés en un lugar ignorado fuera de su alcance. Pero lo que sí niego rotundamente es que tenga tiempo y humor para mandarte flores.

—Sheridan es macabro.

—Puede que lo sea en circunstancias normales. Pero ahora está acorralado y tiene que obrar según su instinto de «gangster», es decir, como una fiera que intenta dar zarpazos antes de que la maten. Además, él no podía saber de ningún modo que tú estás aquí. Recuerda lo que te dije ayer cuando te telefoneé: «Una pensión no es un sitio seguro. Todo el mundo sabe que estás ahí. Y el hombre que piensa matarte puede alquilar perfectamente una habitación junto a la tuya».

—Sí, ya sé. Por eso me ofreciste esta torre, que tenías alquilada hace una semana.

—No lo hice desinteresadamente, Stella.

Stella sonrió sin fuerzas, mirándole.

—También —susurró él—, quería tenerte junto a mí...

—Eres el único amigo que tengo, Karl...

—Pero hace dos años, cuando me declaré a ti antes de regresar a Europa, me rechazaste.

—Entonces era demasiado chiquilla, Karl.

—¿Es que ahora... piensas de otro modo?

Stella se llevó una mano a los ojos, y su gesto cansado e impotente reveló bien a las claras todo el miedo y toda la desesperación que sentía.

—¿Cómo quieres que tenga serenidad para hablar de eso ahora, Karl? Ni siquiera me doy cuenta de que tengo un corazón —de que tengo capacidad para amar. Llevo tres noches sin dormir, estoy agitada y el miedo me domina...

El estrechó con fuerza la mano que ella había depositado sobre la mesita que había entre los dos.

—Tienes razón... ¿Para qué hablar de eso ahora? Lo importante es que has confiado en mí, y eso vale más que todas las palabras. Quisiera hacer algo para que recuperaras la confianza, para disipar ese miedo que no tiene sentido. Cómo te estaba diciendo, es imposible que Sheridan sepa que estás aquí. Precisamente ésa fue la razón fundamental para pedirte que vinieras. No puede saberlo de ningún modo.

—¿No crees que debe haberme vigilado?

El pareció sopesar esa posibilidad, como si hasta entonces no le hubiera dado importancia.

—¿Has tenido tú la sensación de que te seguían?

—Anoche, cuando salí a pasear a eso de las tres de la madrugada, fue tras mis pasos, un hombre. Era hábil, pero lo noté. Puede que fuese alguien designado por Sheridan.

—¿Estás segura?

—No puedo estar segura de nada, Karl. Absolutamente de nada. Pero lo cierto es que me seguían.

—Esta mañana, cuando conducía, no podía estar atento al retrovisor. ¿Has notado tú algo?

Stella pareció ir repasando uno por uno todos sus recuerdos, todas sus sensaciones.

—No, no puedo precisar... Venían bastantes automóviles detrás del nuestro, sí, pero ninguno de ellos me llamó la atención. Es posible que no nos siguieran... ¡Pero tengo miedo, Karl! ¡Tengo miedo!

Se había puesto en pie. Todos sus músculos estaban tensos, su cuerpo de pantera joven parecía como un arco tirante y dispuesto para vibrar. Karl, que la conocía desde dos años atrás, se dijo que nunca la había visto tan hermosa.

Él también se puso en pie.

—Stella... —jadeó.

Ella no se movía. Dejó que la enlazara por la cintura, que la besara en la boca. Stella era en estos momentos como una estatua de mármol paralizada por el terror.

Karl la soltó.

Era obsesionante aquella mirada de la joven, aquella mirada tan

espantosamente fija como la que tendrían los globos de cristal de una máscara de cera. Karl siguió esa mirada, y siguiéndola fue a dar con la puerta exterior de la casa. Por debajo de esta alguien había deslizado un sobre ribeteado de negro.

Fue Stella, caminando pesadamente, la que se acercó a la puerta y se inclinó para recogerlo. La dirección, escrita a máquina era correcta. El nombre del destinatario era Karl Hansen.

Con manos trémulas, Stella rasgó el sobre, mientras Karl se acercaba poco a poco. Dentro había una tarjeta también ribeteada de negro. En ella decía sencillamente:

EDWIN FINNEMAN

le transmite su más sincero pésame por
la muerte de tan virtuosa mujer.

Nada más. Ni una dirección, ni un número de teléfono. Nada. Sólo aquella breve nota de pésame que era al propio tiempo como un aviso fatal.

Los dedos de Stella temblaron, y sobre y tarjeta cayeron blandamente a tierra.

Luego la muchacha se llevó las manos a los ojos, intentó contenerse haciendo un esfuerzo sobrehumano, y al fin estalló en sollozos entre los brazos fuertes y protectores de Karl.

SEIS

Sally, la sobrina del dueño del «*drugstore*», se acercó pausadamente a los cristales sobre los que aún tamborileaban las últimas gotas de lluvia.

—Menos mal —dijo—, que en California tenemos un clima templado. De otro modo esta lluvia se habría convertido en nieve.

—La nieve es agradable por Navidad —dijo una voz desde el fondo del establecimiento.

Sally se volvió y vio a Lancaster, que estaba descuidadamente sentado en un taburete, agarrado a su segunda botella de *whisky*.

—¿Cuándo es Navidad? —preguntó Sally.

—Pasado mañana.

—Se nota que no tienes un empleo fijo —dijo el dueño—; en otro caso te acordarías de todas las fiestas.

—Soy feliz así.

Lancaster se preparó otro vaso, lo miró melancólicamente al trasluz y se lo bebió de un trago.

¿Cómo podría resistir tanto? —se preguntó Sally, Era la segunda botella—. ¿Cómo podría...?

En aquel momento sonó el teléfono dentro de la cabina. El dueño fue a atenderlo.

—Es para usted —dijo, mirando a Lancaster.

Él se acercó. Llamaba Owen.

—¿Hay novedad?

—Ninguna. Siguen dentro de la casa —repuso Lancaster, con la puerta de la cabina cerrada—. No pienso acercarme a ella hasta que anochezca, para no llamar la atención. Además, aquí tienen un *whisky* delicioso...

—¡Lancaster!

—¿Es que está prohibida la venta de *whisky* en esta zona?

—Lancaster, asegúrese por lo menos de que Stella sigue viva. Espero su llamada para dentro de quince minutos.

—Está viva.

—¿Cómo lo sabe?

—La veo en estos momentos. Cuelgo.

Depositó el auricular sobre la horquilla.

Salíó de la cabina sin mirar directamente hacia la puerta, por la que acababan de entrar Stella y el joven que poco antes iba en el automóvil con ella. Los dos parecían alterados, sobre todo la mujer. Diríase que ella acababa de sufrir una fuerte conmoción interna.

Lancaster se acodó a un lado de la barra, sin mirarles, aunque los veía por uno de los cristales situados en el anaquel. Notó que Stella también se fijaba en él de una manera disimulada.

—¿Habías visto a ese hombre antes? —le preguntó Karl, con voz casi inaudible.

—No.

—¿Seguro?

—Me he estado fijando en él desde que hemos entrado.

—Yo, en cambio, tengo la sensación de que es el conductor de un «De Soto» que nos ha pasado un par de veces en la autopista, antes de doblar hacia aquí.

—Puede que aciertes. Pero ¿dónde está su coche?

El dueño del «*drugstore*» les sacó entonces de dudas, al dirigirse a Lancaster en voz alta:

—¿Por qué no se da una vuelta por el taller en vez de beber tanto, amigo? Ese mecánico no se distingue por su amor al trabajo. Si no le da prisa, tendrá el coche en reparación seis meses.

Lancaster le hubiera tirado con gusto la botella por la cabeza, pero tuvo que contenerse.

—En cuanto acabe de llover —gruñó.

—Es el conductor del «De Soto» —dijo Karl, en voz baja—. No hay duda. Y, además, estaba telefoneando al entrar nosotros aquí.

—Creo que todo empieza a tener una explicación —susurró Stella con un hilo de voz—. Todo...

Pero el mismo dueño del «*drugstore*», al acercarse a ellos para servirles, la volvió a sumir en un mar de confusiones.

—Acaban de llegar ustedes aquí y ya han recibido carta, ¿eh? —comentó—. El cartero acaba de pasar preguntando si en esa casa

vivía Karl Hansen.

—Karl Hansen soy yo —dijo él, entrecerrando los ojos como si no comprendiera.

—Pues tenía una carta. La ha recibido, ¿verdad? Como no hay buzón en la casa, la habrá hecho pasar por debajo de la puerta.

Karl se limitó a afirmar con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—¿Quieren tomar algo?

—Sólo un trago de algo fuerte. Por ejemplo, *brandy* para los dos.

El dueño se alejó para servirles.

—¿Te das cuenta? —susurró Stella—. Ese hombre no ha podido dejar la carta. ¡No ha podido ser él!

—Puede haberla enviado antes de venir aquí.

—Apenas hace una hora que estamos en la casa.

—De todos modos hay un hecho cierto —dijo Karl—. La carta venía dirigida a mí, no a ti. Y yo tengo alquilada la casa desde hace más de una semana, sin que ello constituya ningún secreto.

—Pero hablaba de la «muerte de tan virtuosa mujer».

—No te atormentes más con eso, Stella. Hasta las cosas más incomprensibles tienen una explicación clara y lógica, y lo esencial es dar con ella. Cuanto más complicado parece todo, más limpia y sencilla suele ser la explicación. Bebe, esto te hará bien.

Habían puesto ya ante ellos dos copas junto con una botella de *brandy*. Era un excelente *brandy* francés.

Después de beberlo, Stella se sintió mejor.

—Claro que debe haber una explicación —susurró al cabo de unos instantes—. Tiene que haberla. ¿Te has fijado en ese hombre? Si le hubieran encargado vigilarme no bebería así. Está vaciando una botella...

—No hagas caso. Hay tipos capaces de trasegar un barril de alcohol sin que se les note. Ese hombre está aquí por nosotros; juraría que no me equivoco.

—¿Qué podemos hacer?

—Ignorarlo. Llevo una pistola cargada y nuestra casa es segura. Mientras no se acerque por allí, nada te puede ocurrir. Y si se acercara...

—Puede no ser él; pueden ser otros.

—No te asustes antes de tiempo. El mundo está lleno de coincidencias y de extrañas casualidades.

Bebieron dos copas cada uno, pagaron y salieron. El dueño del «*drugstore*» estuvo mirando, hasta que la puerta se cerró, las amplias y sugestivas caderas de botella. Luego se volvió hacia Lancaster.

—Extraña pareja.

—¿Por qué extraña? ¿Qué cree que son?

—Tiene el aspecto de una aventurera. ¿Para qué iban a alquilar, si no, una casa como ésa? Y la chica haría perder la cabeza a cualquiera.

Lancaster hizo con la cabeza un movimiento afirmativo que no fue falso, sino sinceramente auténtico.

—Ella no debe estar muy decidida aún —dijo el dueño del local, que debía ser un tipo imaginativo—. Por eso ha querido animarla con unas copas. Me extraña que no se hayan llevado la botella.

Sally, desde un escabel junto al fuego donde estaba artísticamente sentada, suspiró:

—Ahora que los he visto, me parece reconocerlos.

—¿Sí?

Lancaster había vuelto la cabeza hacia ella.

—Creo que es una chica con aficiones artísticas. Le gusta escribir, y todo eso. También asistió unos meses a la Escuela de Pintura y Grabado que hay anexa a la Universidad. De eso debe hacer un par de años; aunque nunca hemos cambiado una palabra, juraría que es la misma.

—¿Y él?

—A él lo he recordado por el nombre. Se llama, en efecto, Karl Hansen. Estaba matriculado en la Escuela cuando ella ingresó. Debió enamorarse, porque siempre se les veía juntos. Se enamoró él de ella, ¿eh? Esto ha de quedar bien claro. Porque la muchacha poco caso le hacía. Daba la sensación de que lo aceptaba como un amigo más bien molesto.

—¿Qué hizo él en esos dos años? ¿No dice que la chica estuvo poco tiempo en la escuela?

—¿Le interesa su historia?

—En algo hay que matar el tiempo mientras no pueda moverme de aquí. Y mientras hablo, no bebo.

Sally, que estaba sentada artísticamente, cruzó las piernas más artísticamente todavía.

—Éramos más de cien alumnos en la Escuela —explicó luego—, y por eso comprenderá que nos fijáramos unos en otros de una manera superficial. La de esos dos era una de tantas historias. Él la seguía, y ella no le hacía caso. Cuando la muchacha se fue, abandonando esos estudios, él permaneció en la Escuela todavía unos meses. No se le vio con ninguna otra mujer. Luego marchó a Europa.

—¿Es europeo?

—Austriaco, me parece. Y debe haber regresado hace poco.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ahora habla con un claro acento germánico, y ese acento, antes, no lo tenía.

Lancaster, inconscientemente, admiró la agudeza de aquella mujer. Sally, por lo visto, no sólo tenía curvas, sino también cabeza.

—Bonita observación. Quiere eso decir que ha vuelto a adquirir el acento durante los dos años de su permanencia en Austria, ¿no?

—Eso es lo que supongo.

—De todos modos, si estaba enamorado de la chica, ahora habrá conseguido su propósito —dijo el dueño—. Si la ha traído hasta esa casa no creo que le falte mucho para conquistarla.

—Me ha dado la sensación —dijo Sally en voz baja—, de que ella tenía miedo, pero no por causa de Karl, como sucedería en una aventura cualquiera. Más bien: reo que ella veía en él a un protector.

—Ésa es también la sensación que tengo yo —dijo Lancaster—. Pero ¿a qué puede sentir miedo ella?

—Eso no lo sabemos. De todos modos ese Karl era entonces un amigo suyo. Y, enamorado o no, puede que sea en estos momentos el único amigo que le queda a ella, a pesar de que en aquel entonces la muchacha le humilló bastantes veces con su indiferencia.

Lancaster estaba a punto de terminar su segunda botella de *whisky*.

La conversación había languidecido. La lluvia se había convertido ahora en una llovizna insistente y pesada. El dueño del «*drugstore*» conectó el aparato de televisión. El día se iba cerrando

y no se veía transitar a nadie por aquella carretera.

En la pantalla iluminada apareció un tipo con sombrero sentado ante una mesa. Explicaba algo, haciendo breves movimientos con sus manos. El dueño reguló bien el sonido.

»—Todo el país —decía el de la pantalla—, está pendiente del resultado del proceso por espionaje que se sigue contra Finegan. La pena de muerte que el fiscal solicita para el acusado pareció exagerada al principio a algunos sectores de la opinión, pero ahora va adquiriendo una realidad trágica. Además del testimonio del hombre que detuvo a Finegan, el fiscal tiene otras pruebas preparadas. Ha solicitado un aplazamiento para ordenarlas y levantar contra Finegan un indestructible muro de acusaciones. Sinceramente creo que la pena de muerte es ya inevitable...»

El dueño del «*drugstore*» había dejado de mirar hacia la pantalla para contemplar a Lancaster con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿qué le pasa, amigo?

Lancaster depositó sobre la barra la botella que parecía dispuesto a lanzar contra la pantalla del televisor.

—¿Qué le pasa? —repitió el del «*drugstore*»—. ¿No ha bebido demasiado tal vez?

—No me gustan las charlas sobre temas judiciales que dan en la televisión —jadeó Lancaster—. Si quiere entretenerse busque otro canal, por favor. Se lo suplico; búsquelo.

—Muy bien, lo buscaré. Pero ésa no es razón para...

—Finegan es amigo mío —jadeó Lancaster—; me salvó la vida una vez.

Hizo una pequeña pausa y pidió con los ojos cerrados:

—Sírname otra botella...

Karl y Stella llegaron de nuevo a la casa.

Las hojas del jardín estaban cargadas de agua, y sobre ellas repercutía la llovizna con un sonido que no estaba desprovisto de dulzura. Había algo de sobrecogedor, pero al mismo tiempo algo de poético, en aquel jardín medio abandonado. Stella susurró:

—¿Cómo se te ocurrió la idea de alquilar esta casa?

—Quería pintar unos cuadros. Me he especializado mucho en Viena, en la escuela de pequeños paisajistas. Éste es un sitio ideal si quiero trabajar para la exposición del próximo otoño. Además, es

enormemente tranquilo.

—Sí; ya me he dado cuenta de que por esta carretera no pasa apenas nadie.

—Hay un tramo en reparación, varias millas más allá, y todo el mundo toma otro camino.

—Además me he fijado en que tanto el «*drugstore*» como el taller de reparaciones cierran a las seis. Después de esa hora, esto debe estar más solitario que el desierto del Sahara.

—Es una ventaja.

Entraban ya en la casa, que a pesar de estar bien amueblada tenía un extraño aspecto de tristeza y soledad, con la lluvia resbalando sobre los cristales de todas las ventanas. Karl prosiguió:

—Cualquier vehículo, cualquier persona que se acerque, será advertida inmediatamente. Si estamos vigilantes, nadie nos podrá sorprender.

Cerró la puerta a su espalda.

—Esta casa ha servido para fines muy distintos de los que tú te proponías, Karl. Lo siento.

—Son sólo un par de días, y si tú estás más protegida aquí yo no puedo pedir más.

—Por primera vez, Karl... tengo la sensación de que tu voz es una voz amiga. Estoy demasiado acostumbrada a la soledad y a la falta de amistades, por desgracia. Y eso me hace lamentar más el no haberme portado bien contigo en otro tiempo.

—¿Quién dice que no te portaste bien?

—Te rechacé.

—Todo el que se declara a una mujer está expuesto a que lo rechacen, ¿no?

Ella le estrechó una mano con fuerza.

—Celebro que te lo tomes así.

—De todos modos —dijo él, desviándose, como si aquel tema le molestara un poco—, me pregunto por qué no aceptaste la protección oficial que se te brindaba. Podrías estar rodeada de policías, si tú quisieras, hasta el momento de prestar declaración. Y hasta podrían haberte encerrado en una celda confortable.

—No quiero tener la sensación de que estoy cometiendo un delito. Acusar a Sheridan, al fin y al cabo, es casi una obra de caridad para con todos los ciudadanos.

—No se trata de eso, sino de tu seguridad personal.

—No quiero seguridad si he de estar vigilada o si han de encerrarme en una cárcel.

—En fin, Stella, tú siempre has sido una mujer muy temperamental. Pero sigo pensando que estarías mejor en una celda, a pesar del placer que me proporciona tenerte a mi lado y ser algo en tu vida. ¿Quieres que preparemos un poco de café?

—Me hará bien. ¿Dónde comeremos?

—Iremos al «*drugstore*», o yo mismo encargaré que nos preparen alguna comida caliente.

—Gracias, Karl. Yo misma prepararé el café. Déjame al menos tener la sensación de que soy útil.

—Como quieras. La cocina es la primera habitación a la izquierda, siguiendo por el pasillo.

Stella se dirigió hacia allí.

Abrió la puerta.

La lluvia arreciaba. Se oía el tableteo de las gotas en todas las ventanas menos en la de la cocina, que estaba abierta. El agua, entrando por el hueco, había formado en el suelo un extenso charco.

Fue entonces, al mirar precisamente hacia aquel sitio, al mirar el charco de agua, cuando Stella supo que iba a morir.

SIETE

El pensamiento, en los momentos más angustiosos de nuestra vida, es rápido como la luz.

Stella vio el charco de agua, y vio también las huellas de humedad de alguien que lo había pisado para dirigirse hacia la parte derecha de la cocina. Las huellas eran anchas; no podía haberlas causado Karl, que usaba zapatos finos. Tenía que haber sido otra persona.

¿Otra persona... allí?

El grito de Stella quedó como atenazado en su garganta. No pudo lanzarlo, no pudo decir nada. Le bastó girar un poco la cabeza hacia la derecha para comprender que allí estaba su propio fin.

El hombre vestía un abrigo negro empapado por la lluvia. Un sombrero también negro le cubría hasta los ojos, y llevaba guantes. «Es como en una película», pensó lejanamente Stella. Cuando vio brillar el agudo estilete en la mano derecha de aquel hombre, no se sorprendió. No se movió siquiera.

La matarían sin ruido, casi sin sangre. Un golpe de estilete en el centro del corazón.

Cuando Karl volviera, extrañado por su tardanza creería que estaba desvanecida.

El estilete le movió.

Aquel grito desgarrador, alucinante, que sonó en la pequeña habitación, sobresaltó a Stella como si lo hubiera lanzado otra persona. En aquel momento no se dio cuenta de que lo había proferido ella misma. Las fibras de su garganta, inmovilizadas por la tensión nerviosa, se liberaron de repente sin que interviniera la voluntad de la muchacha. Y aquel grito produjo el mágico efecto de despertar su instinto de defensa, paralizado hasta aquel momento por el terror.

Se echó hacia atrás, mientras el estilete volaba en busca de su

corazón. El golpe, dado con escasa habilidad, falló. Stella dio entonces una frenética vuelta sobre sí misma y se lanzó en tromba contra la pared que tenía a su espalda, buscando poner distancia entre ella y la hoja de acero. El desconocido asesino saltó hacia ella.

Y de repente algo se interpuso entre los dos.

Stella vio la figura de Karl surgiendo como por encanto de la puerta, que acababa de empujar desde fuera. Lanzó un grito al ver sus dos manos inmovilizando en el último segundo el brazo armado del asesino. Se lo torció salvajemente, mientras el desconocido soltaba el estilete lanzando un grito de dolor.

Karl lo soltó para sujetarle en una presa más eficaz, una vez conseguido su propósito de desarmarle. Pero el otro también debía de entender algo de judo. Se zafó de la llave, propinó un brutal rodillazo al plexo solar de Karl e hizo caer a éste rodando por tierra.

Su gesto de ir a recuperar el estilete fue instantáneo.

El de Karl, llevándose la mano derecha a la funda sobaquera, también.

El otro no debía llevar más armas que la hoja de acero, o si las llevaba comprendió que no tendría tiempo de utilizarlas. Tensó sus piernas y saltó como un bólido a través de la ventana en el momento en que Karl extraía su pistola.

No llegó a disparar; el enemigo desapareció instantáneamente de su vista.

Karl, asomándose a la ventana, intentó localizarle mientras movía su pistola. Pero el jardín, muy espeso en aquel lugar, había ocultado todo rastro. Sólo se oía el rumor del follaje acariciado por la lluvia.

Karl jadeó:

—Voy a salir. Quédate aquí, sin moverte...

—¡No, Karl!

—¿No comprendes que no puedo dejarle escapar?

—Pero el jardín es muy grande, Karl. Él puede venir por un lado mientras tú buscas por otro. Puede cazarte por sorpresa... ¡o volver aquí para asesinarme con ese mismo estilete!

Karl, que estaba ligeramente encorvado, se irguió en toda su estatura. A causa del violento y rápido esfuerzo, unas gotitas de saliva blanca se habían formado en su boca.

—No dejas de tener razón —musitó—. Voy a cerrar y asegurar

esta ventana. No te muevas de dónde estás.

Stella no se movió.

Le vio cerrar la ventana, asegurándola de forma que nadie más pudiera entrar por ella, a menos que la derribara a hachazos. Luego se sintió tomada protectoramente por el brazo izquierdo.

—Vamos. Hay que decidir algo enseguida, Stella.

—¿Decidir? —preguntó ella en un susurro—. ¿Para qué? Esto es el principio del fin.

—Pero ¿qué dices?

La había llevado al vestíbulo, haciéndola sentarse en una de las butacas. Su mano seguía apretándole uno de los brazos, de una forma entre protectora y ansiosa.

—¿Qué has querido decir, Stella?

—¿No te das cuenta? Sheridan sabe que estoy aquí. Ha enviado ya a uno de sus asesinos, y enviará luego a otro. Enviará una docena, si hace falta, hasta acabar conmigo.

—Lo que tú necesitas es beber algo, Stella. Siento no haberme traído aquella botella del «*drugstore*».

Ella le miró con unos ojos serenos, quietos, donde ya no había ningún asomo de temor.

Aquella mirada tan limpia sorprendió a Karl.

—Stella... ¿es que ya no tienes miedo?

—No, Karl.

—Confieso que cada vez te entiendo menos. ¿A qué viene entonces ese pesimismo? ¿Por qué crees que Sheridan, ese vulgar asesino, va a salirse con la suya?

—Quizá no me has entendido, Karl. Sé que Sheridan logrará hacerme matar, pero la muerte ya no me da miedo desde el momento en que es inevitable. Sólo temo a las circunstancias de esa muerte; me da miedo no saber cómo vendrá. No saber si será por estrangulación, por asfixia, a puñaladas, a tiros de revólver...

—¡Calla!

No se había exaltado Stella, sino Karl. Fue él quien perdió los nervios antes, como si Sheridan tuviese proyectado matarle a él, no a Stella.

—Te repito que estoy resignada, Karl.

—No puedes resignarte a que te maten como a un animalito indefenso. Sería absurdo, estando a cinco millas de una gran ciudad

repleta de policías, y disponiendo de un teléfono por el que pedir ayuda a una legión de federales armados hasta los dientes. ¿No has visto tú actuar a los federales? Cuando se trata de un caso de asesinato disparan antes de preguntar. Apuesto a que ese aficionado al que acabo de lanzar por la ventana no les durará ni medio minuto.

—Gracias por estas palabras que tratan de animarme, Karl. Repito que eres el único amigo que tengo.

—No nos dirijamos ahora frases de mutua cortesía. Sería tonto. Intentemos analizar la situación con calma para saber cómo nos conviene actuar. En primer lugar, he de decirte que la actuación de ese presunto asesino me ha parecido muy melodramática. ¿Para qué emplear un estilete en lugar de un revólver o una metralleta?

Si llega a tener un arma de fuego, en estos momentos tú ya estarías muerta. Eso es lo que no entiendo.

Stella movió la cabeza de un lado a otro.

—En cambio yo lo entiendo perfectamente, Karl. Ese intento de asesinato lleva la típica marca de Sheridan, quien siempre ha sido partidario del arma blanca.

Y además, en este caso, era el arma lógica. Me ha esperado en la cocina, un sitio a dónde tarde o, temprano acaba yendo una mujer. De haberme acertado al primer golpe, yo habría muerto sin que tú te dieras cuenta, lo cual eliminaba para el asesino el peligro de tu intervención. Por otra parte, hay un local con gente a menos de quinientas yardas de aquí. Un disparo, y no digamos una ráfaga, habrían podido oírse. El asesino sólo dispone de una carretera para huir, y en caso de oírse disparos desde el «*drugstore*» podían cortársela. No, Karl, no; ese crimen estaba perfectamente calculado, y lo único que ha fallado ha sido el pulso del asesino.

Él la soltó y movió la cabeza, apesadumbrado, como no sabiendo qué contestar a aquella serie de argumentos.

—Reconozco que tienes un cerebro lógico y despierto, Stella. Eres más lista que muchos hombres. Lo que acabas de decir no tiene objeción posible, y me pregunto qué debemos hacer.

—Nada, Karl. Estoy persuadida de que Sheridan me hará matar, al fin y al cabo. Lo único que me infunde terror es no saber la forma cómo llegará la muerte.

—Estamos dando vueltas estúpidamente en torno a un problema

que no nos incumbe resolver —dijo Karl de pronto, tomando una decisión—. Llamaremos a la policía.

Se dirigió al teléfono y lo descolgó. Apenas lo había hecho cuando una intensa palidez cubrió su semblante.

—No da la señal, ¿verdad? —susurró Stella—. Han cortado la línea.

—Sí.

Parecía como si a Karl le hubieran asestado un mazazo en la nuca.

—Seguramente la había cortado antes de intentar asesinarte —musitó—. Pero no importa. Veo que me he equivocado al traerte aquí, donde creía que ibas a estar segura. Regresaremos a San Francisco y pediremos protección a los federales. Nada te ocurrirá.

Uniendo la acción a la palabra la obligó a levantarse. El desenfundó su pistola y abrió la puerta con cuidado. No había nadie en el jardín azotado por la lluvia, el cual parecía tan solitario como debieron estarlo los jardines naturales en el momento de la creación del mundo. De no ser por el «Chrysler» último modelo que descansaba cerca de la puerta, hubiérase dicho que aquel lugar estaba en el último confín de la tierra.

—Vamos —dijo Karl.

Subieron al automóvil, y él intentó arrancar. Una serie de ruidos sospechosos le hicieron fruncir el ceño. Intentó otra vez y entonces se convenció de que algo anormal ocurría. Salió del coche, levantó el capó y regresó un minuto después lanzando maldiciones en voz baja.

—Se han llevado la bobina, Stella. Ahora el automóvil está sin corriente de alta frecuencia, y no conseguiríamos arrancar ni aunque dispusiera de siete baterías. Pero quizá en el taller tengan alguna bobina de recambio.

—Ese hombre no ha dejado nada al azar. ¿Te das cuenta de que resulta inútil luchar contra el poder de Sheridan?

—Puede resultar difícil, pero no inútil. Y, además, la palabra «inútil» no debe existir cuando uno lucha por su propia vida. Vamos a intentarlo.

Fueron a pie al taller de reparaciones, bajo la lluvia suave, casi impalpable.

—No tengo ninguna bobina de recambio —dijo el mecánico—.

Si quieren puedo encargarla por teléfono a la ciudad, pero tardarán en traérmela más de una hora.

—¿Y ese automóvil? —preguntó Karl señalando el «De Soto»—. ¿No podría llevármelo?

—Puede decírselo a un tipo joven que encontrará en el «*drugstore*», pero también es inútil. He desmontado todo el cambio de marchas y me pasaré varias horas montándolo otra vez. Un tipo maniático, ese que les digo... No sé qué diablos le habrá notado a un cambio de marchas que no tiene ninguna avería...

Karl consultó su reloj. Era cerca del mediodía.

—Si ha de tener el recambio dentro de una hora, pídale —dijo—. Es el tiempo que necesitamos para comer cualquier cosa en el «*drugstore*».

—Bien.

El mecánico descolgó el teléfono y al cabo de unos instantes lo volvió a colgar con gesto preocupado.

—No funciona. Ha debido estropearse la línea.

Karl disimuló su excitación.

—¿Es aérea o subterránea?

—Aérea. A veces, con la lluvia, se estropea. ¿Por, qué no prueban en el «*drugstore*»? Si hay línea me avisan y yo mismo pasaré a llamar.

Stella y Karl salieron de allí con un mismo pensamiento clavado en sus cerebros. Los dos sabían que era inútil intentar llamar. Los cables de la línea habían sido cortados desde un cierto punto de la carretera, para que los únicos teléfonos que existían en aquella zona —el taller, el «*drugstore*» y la casa—, quedaran inutilizados.

—Eso significa —musitó Stella mientras volvían a la carretera—, que piensan matarme enseguida. Quien ha hecho eso sabe que la línea telefónica no puede estar estropeada así durante más de cinco horas, sin que la Compañía lo advierta y vengan a repararla.

—Y piensas que cinco o seis horas de vida no son demasiado tiempo, ¿verdad?

—Sí, Karl.

—No te preocupes. En ese tiempo habremos llegado andando hasta la ciudad. Son pocas millas. Y cabe la posibilidad de hacer *auto-stop* cuando salgamos a la autopista.

—Me estremezco ante esa sola posibilidad, Karl. Deben haber

calculado que trataremos de escapar a pie.

Y estoy segura de que el primer coche que se detendrá cuando hagamos *auto-stop* será precisamente el de los hombres de Sheridan.

—Que pueden también ametrallarnos en esta maldita carretera por dónde no pasa nadie...

—¿Para qué engañarnos? Así es.

—Está bien, Stella. Si tenemos que quedarnos por el momento en la casa, vamos a repasar todas las puertas y ventanas. Tú harás el ala izquierda; yo la derecha. Conviene no perder un minuto.

Regresaron apresuradamente a la casa. Stella también comprendía que aquello era esencial, que Karl tenía razón. El jardín solitario le produjo una sensación sobrecogedora. En las habitaciones vacías de la casa, sus propios pasos resonaban como una amenaza.

Las habitaciones del ala izquierda eran cuatro, dos en la planta baja y dos en la superior. Stella tuvo una loca sensación de pánico al verse sola en ellas, pero consiguió dominarla. Las ventanas fueron cerradas y cuidadosamente aseguradas desde dentro.

Cuando regresó al vestíbulo, Karl ya estaba allí.

—Ni rastro del asesino —dijo—. ¿Has visto tú algo sospechoso?

—Nada.

—Al menos ahora estamos seguros de que no podrá volver a entrar. Para lograrlo tendría que hacer mucho ruido, y yo estoy armado. Toma.

Entregó a Stella su pistola.

—¿Sabes manejarla?

—Claro que sí. He disparado a veces en concursos de tiro al blanco. Pero ¿para qué quiero yo esto?

—Voy a dejarte sola unos minutos. Únicamente lo indispensable para encargar en el «*drugstore*» algo de Comer.

—¿Por qué no voy yo contigo?

—Por dos razones. La primera porque el asesino no está ya en la casa, sino fuera de ella, y si atraviesas la puerta exterior será cuando empezarás a correr verdadero peligro. La segunda es aquel individuo que está en el «*drugstore*». El tipo del automóvil marca «De Soto».

—¿Qué ocurre con él?

—Es el tipo que te ha seguido. El que nos ha seguido antes y ha querido ocultar su automóvil de nuestra vista con una avería imaginaria, ya que esta carretera recta no le permitía otra cosa.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé bien aún, pero haga lo que haga puede resultar peligroso y no quiero que tú estés delante.

—Karl... no hagas una locura.

—Tranquilízate.

—Sólo una cosa me anima, y es pensar que en aquel local hay gente y no podrá intentar nada contra ti.

—Precisamente por eso voy a verle.

Abrió la puerta exterior y recomendó antes de salir:

—Voy a cerrar con llave desde fuera. No te muevas del vestíbulo. Al regresar abriré yo mismo, llamándote antes por tu propio nombre. Si alguien intenta entrar de otro modo descerrájale un tiro. Esas balas atraviesan una puerta como ésta.

—Sí... Así lo haré, Karl.

El ajustó la puerta y un instante después se oía el raído de una llave en la cerradura.

Volvió a pie al «*drugstore*». Al entrar vio que estaban allí solamente el dueño, una muchacha y el tipo del «De Soto». Éste continuaba aferrado a una botella de *whisky*.

Karl se acercó a él, sonriendo.

Y de pronto, al llegar a dos pasos de Lancaster, su puño derecho salió disparado y alcanzó en el mentón al joven, que cayó hacia atrás arrastrando la banqueta y la misma botella de *whisky*.

Karl se arrojó furiosamente sobre él.

OCHO

Su ataque por sorpresa había producido a Lancaster un efecto fulminante. Éste estaba ya medio «groggy» cuando Karl se arrojó nuevamente sobre él, con los, puños preparados.

Quedó sentado sobre el cuerpo de Lancaster, que aún no había reaccionado, y sus dos cruzados hicieron bailar el rostro del agente, en cuyas cejas se marcaron unas líneas de sangre.

Lancaster pudo hacer palanca con su cuerpo y envió al adversario volando por encima de su cabeza. Pero aun así advirtió claramente que la pelea iba a ser de Karl. Cuando Lancaster dio medio vuelta, intentando incorporarse, estaba aún aturdido. Karl, en cambio, se arrojó de nuevo sobre él, en plenas facultades, sin haber recibido todavía ni un solo golpe.

El dueño del «*drugstore*» le detuvo a medio camino con uno de sus fornidos brazos, logrando inmovilizarle.

—Bueno, amigo, ya está bien. ¿Qué le ha hecho este hombre?

Lancaster se puso en pie poco a poco y se acarició una de las cejas ensangrentadas, mientras Karl le miraba con ojos enrojecidos y cargados de fiebre.

—Eso —musitó Lancaster—. Me gustaría saber qué le he hecho.

—¡Es usted un miserable!

—Bonita información. Gracias, la acepto. Pero ¿en qué se funda?

—¿Ha visto a la mujer que antes ha estado aquí conmigo?

—Sí, claro.

El dueño del «*drugstore*» seguía sujetando a Karl. Éste se desasíó violentamente mientras gritaba: «¡Suélteme!», y se plantó de un salto en el centro del local.

Seguía mirando a Lancaster con ojos llameantes.

—Pues esa mujer a la que usted ha visto —dijo marcando las sílabas—, ha estado a punto de ser asesinada.

—Lo lamento por ella y por el asesino, que denota muy mal

gusto. ¡Estropear a una chica así! Pero ¿por qué me explica todo esto?

—Por una sencilla razón. Porque es el borracho más rastrero y miserable que he visto en todos los días de mi vida. Porque su misión consiste precisamente en proteger a esa mujer, no en empapurrarse de *whisky* hasta las orejas, como ha estado haciendo desde que llegó. ¿Cuántas botellas le han servido desde que ha puesto los pies en este local? ¿Dos? ¿Tres?

—Estoy por la tercera —dijo Lancaster, sin inmutarse.

—¡Canalla!

—¿Puede saberse por qué es usted tan amable conmigo, señor Karl Hansen? Delante de sus continuas finuras, me siento confundido.

—¿Sabe mi nombre?

—Seguro. Como usted sabe el mío.

—Sí... soy Karl Hansen. No tengo que ocultar mi nombre ya que jamás me he avergonzado de él. En cambio usted no es más que un maldito cochino, Lancaster. Si alguna vez tiene hijos, ellos renegarán de su padre. ¿Todavía no le han expulsado del F.B.I.?

—¿Cómo sabe que soy un federal?

—Haría falta ser imbécil para no darse cuenta. Stella tiene que declarar dentro de poco en un proceso contra Sheridan, uno de los jefes del «gang» más importantes de los Estados Unidos, y de su declaración depende el que Sheridan vaya o no vaya a la cámara del gas. ¿No es lógico suponer que Sheridan ha de intentar hacer algo para que sus hombres la maten?

—Muy razonable —musitó Lancaster, mientras se arreglaba con indiferencia la otra ceja ensangrentada.

—Más razonable es aún pensar que el fiscal del distrito ha intentado proteger a Stella hasta el momento de la declaración. Si ella se ha negado a ingresar en una celda, lo lógico también es que el fiscal del distrito haya pedido ayuda al F.B.I. Y usted, un agente del F.B.I., encargado de protegerla, la ha venido siguiendo desde que hemos abandonado la pensión donde vivía, en San Francisco. ¡Pero en lugar de protegerla se ha dedicado a emborracharse! ¡Si Stella muere será por su culpa!

Lancaster, con calma, se acercó al mostrador y se sirvió con calma otro vaso de la botella que allí había.

—He pedido la baja en el F.B.I. —susurró luego—. No hago esto por mi gusto.

—¡Pero le han mandado hacerlo y yo necesito su ayuda! ¡Necesito su ayuda para salvar a Stella!

—Si cree que yo no cumplo con mi deber, llame al Departamento Central del F.B.I. Yo estaré encantado de que me den el relevo.

—Demasiado sabe que no puedo llamar. Demasiado sabe que alguien ha cortado la línea telefónica.

Lancaster se mordió el labio inferior.

No, eso no lo sabía. Dirigió una mirada de soslayo hacia la cabina y el dueño se encaminó hacia ella, descolgando el auricular. Instantes después una intensa palidez se había extendido por su rostro.

—Es cierto —musitó—; alguien ha debido cortar la línea.

Lancaster rió brevemente.

—No seamos melodramáticos. A veces, con la lluvia, las líneas se estropean, y ha estado lloviendo durante varias horas. Da un poco de risa pensar que alguien haya querido aislarles aquí. Estamos solo a unas cuarenta millas de San Francisco.

—Pueden hacer auto-*stop* y cualquier coche los llevará —dijo Sally interviniendo en la conversación por primera vez—. No pasan muchos, desde luego. Sólo uno o dos cada hora; pero es suficiente.

—Es suficiente en teoría —dijo Karl con acritud—; porque el automóvil que se detenga cuando hagamos auto-*stop* puede ser el de los hombres de Sheridan. Seguro que han contado con esto al cortar la línea general. No podemos fiarnos ni siquiera de un automóvil conducido por una mujer sola.

Sally palideció un poco. No había pensado en eso, pero las palabras de Karl estaban cargadas de razón. Resultaba curioso que sólo a unas pocas millas de una de las ciudades mayores del mundo pudieran darse situaciones así. Le costó un notable esfuerzo comprenderlo, pero al fin se hizo cargo; aquella mujer a la que conoció años antes en una Escuela de Arte —Stella—, estaba verdaderamente en grave peligro de morir.

—Aún no me ha dicho cómo sabe mi nombre —dijo Lancaster a Karl, como si aquel detalle estúpido fuera más importante que todo lo demás.

—He visto su fotografía en algunas revistas —escupió Karl—. El hombre que detuvo a Finegan, después de que éste le salvó la vida una vez...

—A veces el alcohol hace olvidar muchas cosas —sonrió Lancaster amargamente—. Sí, yo detuve a Finegan, quien en otra ocasión me había salvado la vida. Mi deber era detenerle y entregarlo a mis superiores. Pero nunca creí que quisieran enviarlo a la cámara de gas. Finegan era un pobre muchacho que se vio envuelto en un asunto sucio, mucho más sucio de lo que él suponía cuando tuvo la debilidad de empezar.

Bebió el nuevo vaso que se acababa de servir.

—Mi deber... —susurró luego, haciendo una mueca—. Sí, mi deber era detener a Finegan y encima declarar en contra suya para que lo enviaran a la cámara —de gas. Un par de revistas de poca tirada publicaron la historia de amistad que había entre Finegan y yo, pero el fiscal del distrito no se había enterado. Ahora ya lo sabe, y quizá no me acepte como testigo. Sería un alivio.

Se sirvió el fondo de otro vaso, dando muestras de cansancio, como si ya empezara a no ser dueño de su voluntad. Jadeó:

—Pero eso ya no tiene importancia... Cumplí un deber y puede que un pobre muchacho vaya a la cámara de gas por esa causa. Desde entonces me dije: «Lancaster, no cumplirás ningún deber más. Te dedicarás a granjero o acabarás vendiendo periódicos en las calles. Es igual. Pero ya no volverás a servir para que la gente acabe entre las cuatro tablas de un ataúd». Eso es lo que pensé. ¿No está bien pensado?

Bebió el fondo de vaso que se acababa de servir. Sus movimientos eran inseguros ya. Su voz vacilaba.

—¿No está bien pensado? —repitió.

Sally hizo un mohín de disgusto, y aun de repugnancia, volviendo la cara hacia otro lado. Karl escupió ostensiblemente a los pies del agente.

—Si aún le quedara algo de dignidad se avergonzaría y sentiría asco de sí mismo —susurró—. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiocho? ¿Treinta? ¿Y ya empieza a arruinar su vida de ese modo? Una torre de músculos como usted derrumbada por el alcohol... Da asco, verdadero asco, y al mirarle uno siente como una especie de náusea. Creí que los federales cuidaban más de su salud y empleaban mejor

sus fuerzas.

—Está equivocado si cree que los federales sólo empleamos nuestras fuerzas —dijo Lancaster con indiferencia—. También se nos obliga a pensar, a utilizar nuestra cabeza.

—¿Y usted qué piensa?Cuál es la mejor marca de *whisky*, ¿no?

—Pues no crea. Hace falta pensar mucho para acertar —dijo Lancaster con una sonrisa cansada—, porque en cuestión de *whisky* los fabricantes se hacen mucha competencia.

Karl escupió otra vez, ahora con más asco que la primera.

—Si a Stella le ocurre algo le denunciaré —advirtió—. Pida a Dios que ocurra una de estas dos cosas: o que Stella llegue viva a mañana o que se marche de aquí por su propia voluntad, ya que yo no puedo retenerla. Pero si ninguna de estas dos cosas ocurre, es decir si Stella muere... ¡Usted lo pagará!

—Lo que ocurra a Stella me tiene sin cuidado —afirmó cínicamente Lancaster—. Y ya se lo he dicho: si algo de todo esto le fastidia, quéjese a mis superiores. Para eso están.

—Entonces, ¿se niega a ayudarme?

—¿Qué clase de ayuda quiere que le preste?

—La única que lógicamente le puedo pedir. Sé que usted lleva su revólver reglamentario calibre 38. ¡Tiene que llevarlo! Yo dispongo también de una pistola. Si me acompaña a la casa y entre los dos vigilamos a Stella, es imposible que nadie pueda acercarse a ella. Es decir... en el supuesto de que usted conserve el pulso necesario para sostener un revólver.

—Puede que ya no.

—Estaré dispuesto a creer que me he equivocado con usted. Al fin y al cabo sólo le estoy pidiendo que cumpla con su deber. Si entre los dos salvamos a Stella, juraré ante quien sea que usted es un buen agente de la ley. Y creo que en sus circunstancias va a necesitar que alguien de la cara por usted, Lancaster. ¿Cree que es demasiado lo que le pido?

—Yo trabajo a mi manera —gruñó Lancaster.

—¿Llama a esto trabajar? ¿Trabaja bebiendo *whisky* a más de media milla de distancia de la mujer que le han ordenado salvar?

Lancaster se volvió de espaldas y apoyó la frente en ambas manos, como si ya las fuerzas le fallaran.

—Eso es asunto mío —masculló—. Sólo asunto mío.

Karl, con un gesto de rabiosa impotencia, se dirigió hacia la puerta.

—¿Quiere que les ayude yo? —dijo Sally en voz baja, desde el fondo del local—. No tengo armas, pero sé manejarlas si hace falta. Y, en último caso, para pedir socorro siempre serviré.

—Gracias —dijo Karl, sin volverse—, pero ya es suficiente con que corra peligro una mujer.

Y salió del local.

El dueño, abrumado, sin, saber qué hacer, conectó otra vez la televisión para romper aquella tensión dramática. No quería ni mirar a Lancaster, lo mismo que Sally, quien se había vuelto de espalda. En la pantalla plateada apareció un coro de cinco niños que cantaban una vieja canción: «Maravillosa y dulce Navidad. Felicidades a todos...»

Lancaster susurró:

—Se me está terminando el *whisky*.

En aquellos momentos Karl llegaba a la casa. Llamó a Stella por su nombre, ante la puerta cerrada, y nadie le contestó.

—¡Stella! ¡Stella! —volvió a llamar a gritos, mientras abría la puerta.

Pero tampoco recibió respuesta.

Al llegar al vestíbulo, vio que éste se encontraba vacío.

Stella no estaba allí.

NUEVE

Una intensa palidez cubrió el rostro de Karl Hansen.

De una forma instintiva se llevó la mano derecha a la funda axilar, pero ya no disponía del arma. Sus ojos inquietos escudraron la habitación, donde todo permanecía en orden. Casi resultaba absurdo pensar que una muchacha joven como Stella hubiera podido ser sacada a la fuerza de allí, sin que un solo mueble se moviera.

De repente oyó a su izquierda el taconeo de una mujer.

Stella volvía por el corredor.

Estaba maravillosa así, con sus ropas de luto, alta y bien formada como era. Sobre sus altos tacones, su cuerpo era como una estatua palpitante. Pero Karl no se fijó en eso.

Su palidez aumentó.

—¿De dónde vienes? —dijo.

—He querido dar una vuelta por esa parte de la casa. No la he visto aún.

—¿No te he dicho que no te movieras de aquí?

Ella notó el semblante alterado, los puños apretados del hombre.

—Karl... ¿Qué ocurre? —musitó.

—Parece como si no te hubieras dado cuenta de que corres peligro de muerte. Cualquiera diría que estás loca, después de lo que ha sucedido hace poco raro. ¿Sabes tú lo que podía aguardarte en cualquiera de esas habitaciones?

—Pero hemos cerrado las ventanas y...

—Date cuenta, Stella, de que ni tú ni yo conocemos bien esta casa. Hay en ella armarios empotrados, recovecos, viejos arcones en los que podría ocultarse perfectamente un hombre. Tras cualquiera de las puertas de esas habitaciones podría aguardarte la muerte. En cambio aquí...

—¿Aquí qué...? —preguntó Stella, sin comprender aún.

—Desde el centro del vestíbulo dominas todas las puertas. ¿Es que no lo entiendes? Dominas todas las puertas y tienes una pistola cargada. Quienquiera que viniese, por mucha que fuera su rapidez, se expondría a un balazo. Es difícil asesinar a una mujer joven y armada como tú, si falla el factor sorpresa.

Stella, comprendiendo al fin, le devolvió la pistola con un ademán avergonzado.

—Perdona, Karl. En realidad soy una mujer que nunca ha vivido una situación así. No podía estarme quieta ni un momento más en este horrible vestíbulo silencioso. Comprende que estoy en tus manos.

—Intentaré que esto no vuelva a suceder —dijo él, más tranquilizado.

—¿A dónde has ido?

—Al «*drugstore*».

—¿No traes nada de comer?

—Iba con la intención de hacerme preparar algo, pero me he puesto nervioso. No sé si me comprenderás, Stella. El hombre que nos ha venido siguiendo constituye en realidad un peligro para ti.

—Pero... ¿le has acusado?

—¿Acusarle? —Karl rió nerviosamente—. No entiendo el sentido exacto de la palabra, Stella. Por supuesto no le he dicho que fuera a matarte, pero sí que él estaba facilitando tu muerte. He tenido que salir de allí para no cometer una barbaridad.

—¿Estaba también cortado el teléfono desde allí? —preguntó Stella con un soplo de voz.

—Desde luego.

—¿Qué han dicho los del «*drugstore*»? Habrán tenido que reaccionar de algún modo...

—Sí. Hay allí una muchacha que nos ha ofrecido ayuda. Dice que no tiene armas, pero que sabe manejarlas.

—¿Qué le has contestado tú, Karl?

—Que ya era bastante con que corriera peligro una sola mujer.

—Me pregunto —susurró Stella—, si ella no correrá también peligro allí.

Karl se encogió de hombros.

—No es, asunto mío ni puedo hacer nada por remediarlo. Sólo sé que un asesino anda suelto, pero no puedo decir dónde asestará su

golpe...

Lancaster, después de todo el *whisky* que llevaba bebido, encendió un cigarrillo calmosamente. Su pulso temblaba de manera visible, pero no todo lo que era de temer. Sally le miraba atentamente.

Se dijo que aquel hombre debía ser un gran comediante. Y, por descontado, un tipo más peligroso de lo que a primera vista se podría suponer. Otro, con el *whisky* que llevaba ingerido, estaría perdidamente borracho. Él no. Todavía podría sostener un revólver y sus ojos brillaban más acerados, más taladradores que nunca.

Hubo algo en la mirada de aquel hombre que a Sally no le gustó.

Pero se mantuvo impávida cuando Lancaster se acercó poco a poco.

—¿Un cigarrillo? —ofreció él.

—Gracias. No fumo casi nunca.

—Mejor. Las mujeres con vicios son un aburrimiento. Uno ya no les puede pervertir.

—¿Ha pervertido a muchas?

—A tantas como me han pervertido a mí.

—¿Y ha matado alguna?

—No me gusta matar mujeres. Es como echar a la basura una flor antes de olerla.

Sally rió sin ganas.

Seguía habiendo en la mirada de aquel hombre algo que no le gustaba.

Había cesado de llover, y el dueño estaba escribiendo en la puerta con grandes letras blancas: «Happy *Christmas*». Feliz Navidad.

—¿No me ha dicho que pintaba? —preguntó Lancaster mirando a Sally.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Las horas se hacen largas aquí, a pesar de que uno beba y a pesar de que tiene usted las pantorrillas más bonitas que he visto en muchos años. Por simple curiosidad, ¿no podría ver alguna de sus pinturas?

—No me diga ahora que entiende usted de arte porque me echaré a llorar.

—Claro que no entiendo nada. Pero es simple curiosidad. Querría averiguar si, además de saber mover las piernas, sabe usted mover los pinceles.

—¿Sabe que resulta usted un hombre fino de verdad, Lancaster?

—No me hará creer que eso de las piernas no se lo habían dicho nunca.

—Sí. Y lo de los pinceles también. Lo peor de los hombres es que en materia de mujeres todos piensan y dicen absolutamente lo mismo. ¿Qué clase de pintura quiere ver? ¿Retratos? ¿Paisajes?

—¿No tiene alguna de esa casa?

—Parece como si estuviera usted obsesionado por ella.

—Lo estoy.

Sally se levantó con un movimiento ondulante, penetró por una puerta que había al fondo del local, junto a la cabina telefónica, y volvió a salir unos minutos después llevando un par de telas bajo el brazo.

—Pinté la casa dos veces. En realidad es el único edificio bonito que hay por aquí. Lo demás es llanura aburrida y fastidiosa. Pero también he hecho algunas vistas muy sugestivas del viejo San Francisco.

—Es sólo la casa lo que me interesa.

—Está bien; aquí la tiene.

Sally tenía una expresión aburrida cuando colocó los dos lienzos sobre una mesa y apoyados en la pared.

Los dos representaban la misma casa, pero enfocada desde dos ángulos distintos. Uno desde el este; otro desde el oeste.

Lancaster los contempló durante largos minutos, con expresión admirativa y absorta.

—¿Qué le parecen? —preguntó Sally.

—¿Espera que se los alabe?

—Todo artista, por modesto que sea, siente el orgullo de su obra.

—¿Aceptaría elogios incluso de un hombre como yo? Le he dicho que no entiendo.

—Pero como es un mal educado puede que dijera la verdad.

Lancaster sonrió.

—Está bien. Deje que compare.

Salió del local y contempló la casa, que se divisaba

perfectamente después de haber cesado la lluvia, a pesar de las quinientas yardas de distancia. Permaneció en silencio durante tres o cuatro minutos, con las manos en los bolsillos, contemplándola ensimismado.

Luego volvió al interior.

—Hay un detalle que no está bien —dijo.

—¿Cuál?

—Ese toldo sobre una de las ventanas de la planta baja. Usted lo ha pintado como si acabaran de ponerlo.

Y sin embargo ahora está completamente roto y caído, de modo que tapa una de las ventanas.

—¿El toldo?

—Sí. Éste.

Lancaster lo señaló.

—Es extraño. Habría jurado que hace muy poco tiempo ese toldo estaba como yo lo pinté. Claro que los toldos, igual que los muebles y los corazones, terminan por romperse algún día.

—Claro.

Lancaster había encendido otro cigarrillo con movimientos nerviosos.

En ese momento el dueño del local susurró desde la puerta:

—Miren.

Estaba pálido como un muerto.

Lancaster y Sally miraron hacia la puerta.

Y palidecieron también.

DIEZ

El muchacho entregó la corona en la puerta, haciendo una cortés inclinación de cabeza.

—Mi pésame, señor.

Karl Hansen miró aquella corona mientras sus manos temblaban igual que si las hubiera recorrido una sacudida eléctrica. De una forma maquinal comprobó que casi todas las flores eran blancas y que el conjunto estaba ordenado con exquisito gusto. Dos cintas rojas con hermosas letras blancas decían: «Para ti, con mi recuerdo...»

—Mi pésame, señor —repitió el muchacho.

El motor de la camioneta funeraria en que había llegado hasta allí runruneaba cerca de la puerta.

—¿Quién envía esto?

—La funeraria Perkins, señor. Todos los servicios comprendidos, desde el embalsamamiento, hasta el reparto de recordatorios después del funeral.

—Quiero decir quién ha hecho el encargo.

—Lo ignoro, señor. ¿Quiere que llame?

—No. Sería inútil porque está estropeado el teléfono. Pero...

—¿Es que hay algún error? Crea que de veras lamentaría... ¡Oh, me despedirían si yo hubiera cometido un error así! ¿Quiere comprobar las señas?

Karl miró el talón que el muchacho le tendía. Sí, allí estaban las señas bien claramente expresadas, sin posibilidad de error. Vio que el mensajero le tendía un bolígrafo y firmó maquinalmente el recibo de la corona.

—Gracias, señor.

Karl, sin mirarle, le dio un dólar.

—Otra Vez, gracias.

La puerta se cerró. Karl se volvió poco a poco, muy poco a poco,

con la corona en la mano. Sabía que Stella estaba a su espalda, que lo había oído todo, que iba a estallar. Y, en efecto, Stella estalló, pero de una forma mansa y sorda más angustiosa aún que todos los gritos. Cayó de rodillas encogiéndose sobre sí misma, y se puso a llorar.

—¡No puedo más! Dios mío, no puedo más —jadeó al cabo de unos instantes.

Sus labios se habían torcido en una mueca patética, más dolorosa aún que el llanto. Cualquier hombre se hubiera dejado impresionar por aquella mueca, que reflejaba un terror casi infantil, un terror y una resignación que estaban más allá de las lágrimas. Pero Karl no se afectó. Su mueca fue dura cuando dijo:

—Vamos, Stella, levántate.

Ella se puso en pie poco a poco, con la barbilla apoyada sobre el pecho.

—El asesino me tiene en sus manos —susurró—. Es el segundo aviso que nos envía. Está tan seguro de matarme que a nada teme. ¡Y me matará, Karl! ¡Sé que me matará!

—No hay ningún exceso de confianza por parte del asesino, Stella. Y ninguna seguridad. Simplemente ocurre que Sheridan mueve a un hombre en San Francisco y a otro aquí. Uno envía coronas para derrumbar del todo tu moral. El otro ha de asesinarte. ¿De quién crees que hemos de preocuparnos?

Hizo una breve pausa para acercarse a ella. Sus ojos brillaban.

—Si nos preocupamos de ajustar las cuentas al hombre que está aquí, el de San Francisco nos importará bien poco. Es más, estas coronas servirán para adornar la tumba de su compañero.

Como si aquel pensamiento le hubiese divertido, lanzó una breve carcajada. Hizo balancear la corona en su mano derecha.

—Voy a guardarla —dijo.

—¿Dónde, Karl?

—Junto con la otra...

—Karl, no sé cómo puedes tener serenidad.

—¡Bah! No veo que para meter dos coronas en una habitación haga falta ser un superhombre.

Salió, regresando al cabo de unos minutos. Stella se había dejado caer sobre una butaca y miraba fijamente el suelo.

Karl miró su reloj. Eran las dos y media.

—No has comido nada —susurró—. Creo que debería volver al «*drugstore*» y encargarme que nos preparasen unos bocadillos y unas botellas de cerveza. Al mismo tiempo, no estaría de más echar un vistazo al hombre del «De Soto».

—Si quieres ir allí por ese motivo, vete, Karl. Pero no por la comida. ¿Crees que en esta situación podría probar bocado?

—Comprendo que no, pero acabarás rendida. Incluso juraría que se te está extraviando la mirada.

—Es cansancio y nerviosismo, sólo eso. No tengo nada de apetito. Si lograra dormir unas horas...

—Ésa es una excelente idea, Stella. Magnífica idea. Si logras dormirte, cuando despiertes todo habrá pasado ya...

—Pero me asusta un poco encerrarme en mi dormitorio.

—No temas; yo montaré guardia junto a la puerta.

—Si es así, creo que dormiré tranquila, Karl.

—Vamos.

Subieron por las amplias y viejas escaleras hacia el piso superior.

Hubo un momento en que Stella apoyó levemente la cabeza en el hombro de Karl.

—Creo que eres el único amigo que he tenido... —susurró.

—Hace un par de años, Stella, no pensabas así...

—Lo lamento ahora si alguna vez te humillé, Karl.

Los ojos de él brillaron un instante, como si le molestara aquel recuerdo.

—Aquello pertenece al pasado —dijo secamente—. A un pasado que ya no ha de volver.

Llegaron a la habitación designada a Stella. Era amplia, los muebles eran de madera clara y resultaban casi alegres, cosa excepcional en aquella casa más bien triste. Ella entró, entornando la puerta.

—¿Te quedarás aquí, Karl?

—Por supuesto que sí. No me moveré de aquí hasta que despiertes y me llames tú misma. Cierra.

Stella cerró.

Había dos grandes armarios empotrados en la pared, y los abrió bruscamente, estando a punto de lanzar un grito cada vez que las puertas giraron ante sus ojos. Pero los armarios estaban vacíos,

completamente vacíos. Stella suspiró, descansada, avergonzándose un poco de su propio temor, y se tendió en el lecho dominada por una fatiga invencible.

En los cristales de la ventana, a su izquierda, volvía a repiquetear suavemente la lluvia. Había en aquella tarde algo abrumador y amargo que corroía los nervios de Stella. Cerró los ojos e intentó no pensar en nada, en nada... Poco a poco se quedó dormida.

Transcurrieron casi tres horas.

Karl no se había movido del pasillo, en el cual se encontraba a la puerta. Pacientemente, caminando con pasos iguales y rítmicos, como un centinela, fue dejando consumir el tiempo. Nadie volvió a llamar a la puerta y nadie turbó la paz un poco estremecedora de aquella casa, que era casi como la paz de la muerte.

Miró su reloj, una vez transcurridas las tres horas. Eran las cinco y media de la tarde.

La escasa luz estaba desapareciendo. Por las ventanas no entraba más que una claridad gris-violeta que proyectaba extrañas sombras en todos los rincones de la casa.

Las seis menos cuarto...

Karl no pudo ver aquella silueta que, después de trepar por las gruesas enredaderas que circunvalaban el muro, ponía sus manos en el alféizar de la ventana tras la que descansaba Stella...

Un coche —el primero que atravesaba la carretera en muchas horas—, atropelló a un perro vagabundo, frente al «*drugstore*» y siguió raudamente su marcha, insensible al dolor del animal.

El grito de éste resonó dentro del «*drugstore*» casi como un lamento humano.

La lluvia arreciaba de nuevo. Lancaster, que estaba ante otra botella de *whisky*, vio al perro retorcerse sobre la cinta asfaltada, a la cual ya apenas llegaba ninguna luz. Dejó a medio beber el vaso que se estaba llevando a los labios y salió al exterior.

Instantes después regresaba con el perro, el cual se hallaba empapado y lanzaba lastimeros aullidos, mientras le brotaba sangre de una pata.

—Va a ponerme esto perdido —gruñó el dueño del «*drugstore*»—. ¿No se morirá igualmente?

—No se morirá si lo atendemos. Las ruedas le han roto y le han desgarrado una pata, pero nada más. ¿Quiere ayudarme, Sally? ¿Tiene alguna alfombra vieja para poner en el suelo?

Sally entró en uno de los cuartos interiores y regresó al cabo de unos minutos con una destartada alfombra, que tendió en el centro del local, viendo cómo Lancaster instalaba cuidadosamente al perro.

—Traiga la botella de *whisky*. El pobre animal chillará un poco, pero es necesario. ¡Ah! Y un trocito de tabla y unos trapos limpios.

Sally le proporcionó todo lo que pedía, admirada al ver la rapidez y eficacia con que él curaba al perro. Parecía como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

—¿Es veterinario, además de agente federal y borracho? —preguntó Sally.

—Tengo cierta práctica cuidando a los animales.

Sally hizo un mohín de disgusto.

—¿Es que tiene algo que objetar? —preguntó él.

—No, claro que no. Al contrario. Pero en este mundo todas las virtudes deben ir equilibradas, o de lo contrario se convierten en defectos. Me repugna un poco que un hombre intente por todos los medios salvar a un perro y no haga nada por resguardar de la muerte a la mujer cuya protección le han encomendado.

Lancaster terminó de entablillar al perro, que ya no gemía.

—Muy razonable —susurró.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decir?

—Sí, algo más. No me preocupo de esa mujer porque creo que ya es demasiado tarde.

Sally palideció.

—¿Qué... significa eso?

—¿No se ha dado cuenta de que he estado demasiado rato para sacar a ese perro de la carretera?

—Sí, pero...

—Tengo buena vista. A pesar de la oscuridad creciente, he podido ver la casa con cierta claridad. ¿Y sabe lo que había en una de las ventanas?

—¡No! ¿Cómo he de saberlo? —gritó Sally—. ¡Dios mío! ¿Qué clase de loco es usted? ¿A qué clase de juego diabólico estamos jugando?

—Se lo diré —susurró Lancaster sin perder la calma—. Se lo diré... Un hombre había ya trepado a una de las ventanas. Estaba allí quieto, en una postura más que sospechosa. Imagino que tras esa ventana se encontraría Stella, durmiendo, por ejemplo.

Al dueño del local que iba a poner una botella en los anaqueles, se le escapó esta de las manos, haciéndose astillas contra el suelo. El licor le manchó los zapatos y la parte baja de los pantalones, pero él ni tan siquiera lo notó.

—Está loco —jadeó—. Está usted loco, maldito marrano.

—Si es cierto que vio eso —pudo preguntar Sally—, ¿por qué no disparó?

—Si usted cree que se puede hacer blanco a quinientas yardas con un revólver de cañón corto, es que no ha visto un arma ni en los escaparates. ¿Para qué cree que sirvo? ¡Sólo para asustar al asesino!

Sally no pudo resistir más aquella calma diabólica del hombre, aquella insensibilidad con la que iba a dejar que una muchacha fuese asesinada. De una forma instintiva, se dirigió corriendo a la puerta para marchar hacia la casa.

Su tío, el dueño del local, la sujetó casi en el último momento.

—¿Qué vas a hacer? ¿Es que has perdido el juicio?

—¡No puedo consentir que esta monstruosidad ocurra! ¡Al menos he de avisar a esa muchacha!

—¡Si en algo tiene razón ese marrano —gritó el hombre—, es al decir que ya es demasiado tarde! ¡Lo que ocurra en aquella casa no es asunto tuyo, ni debes correr peligro por ello! ¡Tú te quedas aquí!

Lancaster se había puesto en pie, sosteniendo al perro en sus brazos.

—¿No tiene ningún sitio para que este pobre animal pase la noche?

—¡Usted y el animal se van fuera! —gritó el dueño—. ¡Son casi las seis y voy a cerrar! ¡Largo de aquí! ¡Estoy en mi derecho!

—De acuerdo, pero no se ofenda. Yo sólo le pedía un lugar resguardado para el pobre bicho.

—Hay un cobertizo abandonado ahí fuera. Y, si le, parece, duerma usted con él.

—Está bien. ¿Qué le debo?

—Nada con tal de que se largue enseguida. ¡La casa invita!

—¡Qué amable! Está bien, me marchó.

Iba a salir, cuando en la puerta se recortó la figura del dueño del taller de reparaciones.

—Ya le he montado la caja de cambios otra vez, amigo. Su coche no tenía nada. ¿Es que no conoce otro procedimiento más sencillo de hacer perder el tiempo?

—Me interesaba que mi coche no estuviera visible —dijo Lancaster—, aunque no he conseguido nada. ¿A cuánto asciende la reparación?

—Cincuenta dólares.

Lancaster pagó sin pestañear.

—Tiene el coche ahí fuera. Lléveselo cuando le apetezca.

—Gracias.

La noche había cerrado ya por completo. Dentro de unos instantes, la carretera quedaría como una tumba.

Lancaster salió con el perro en brazos.

Desde la ventana, el hombre contempló ávidamente, la juvenil figura extendida sobre el lecho.

Estaba maravillosa así, con aquel descuido, con aquella confiada dejadez de sus ropas. Era una maravillosa mujer —pensó el que estaba en la ventana—, y sería una maravillosa muerta.

Apuntó con cuidado a aquella figura inmóvil, a aquel blanco que no podía fallar.

Y apretó el gatillo.

ONCE

En contra de lo que parecía lógico, no sonó ninguna detonación.

El gatillo corrió, pero no se disparó el muelle de la pistola. Al aire saltó un sonoro «tlac» de arma atascada. El hombre, que se sujetaba difícilmente con una mano al alféizar de la ventana, mientras apuntaba con la otra, no pudo arreglar el arma.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió.

Karl, desde fuera, había oído el sonoro «tlac» de la pistola. Stella no lo percibió, pero en cambio, fue despertada por el ruido de la puerta al abrirse. Lanzó un grito.

Pudo ver al hombre que aún estaba en la ventana, con la pistola todavía en la mano derecha. ¡Era el mismo que ya intentara asesinarla otra vez! ¡El mismo, que no abandonaba su presa!

Bruscamente, aquel hombre desapareció de su vista, dejándose caer desde la ventana al jardín. Karl, que ya parecía dispuesto a disparar, se detuvo de pronto y corrió velozmente hacia la puerta de la habitación.

—¡Le cortaré la retirada! —gritó—. ¡No te muevas, Stella!

—¡Karl!...

—¡Es mi oportunidad! ¡Quieta!

Stella hizo un violento ademán con los brazos, intentando detenerle, pero ya era demasiado tarde; pistola en mano, había desaparecido de la habitación.

Una especie de vértigo, una especie de náuseas, se apoderó entonces de la muchacha.

Ya habían intentado asesinarla dos veces, y no tenía más defensa que la de Karl. Sólo a la increíble casualidad de una pistola encasquillada, debía ella la vida. Pero lo que no podría olvidar nunca, ¡nunca! era el rostro de aquel hombre mirándola satánico a través de la ventana. Aquellos ojos demoníacos, de un extraño color, como si estuvieran inyectados en sangre. ¡Los ojos del

hombre que había de ver su cuerpo en el momento de morir!

Se inclinó fuera del lecho, sintiendo violentas y angustiosas arcadas. Sólo al tener el estómago completamente vacío, la salvó de vomitar. Al fin pudo ponerse en pie, tambaleándose, y se apoyó en una de las paredes.

Escuchó con atención.

No se oía el menor sonido en ninguna habitación de la casa. Era como si estuviese encerrada dentro de una tumba.

¿Qué fue lo que le hizo relacionar su situación con el traslado del cadáver de tía Margaret? ¿Qué diabólico instinto le hizo pensar en aquel ataúd negro que ella había visto surgir de las entrañas de la tierra?

¿Y por qué recordó el cuerpo de tía Margaret, que había adelgazado hasta parecer el de una momia?

¿Por qué?

Un ramalazo de horror, un frío que parecía llegar desde el suelo, ascendiendo hasta su cabeza por las piernas inmóviles, la atenazó como una soga de muerte.

Y fue entontes cuando escuchó aquella voz. Aquella voz lenta que le decía:

—Felicidades, nena.

Stella volvió la cabeza poco a poco, sintiendo los golpetazos de la sangre en sus ojos, en sus sienes... La figura del hombre, aquella figura que se recortaba en el umbral, le era conocida.

Lancaster estaba allí.

Había en sus ojos una sonrisa muy fría, muy extraña. Aquellos ojos que taladraban y que sin embargo, parecían no mirar a ninguna parte... Lancaster avanzó hacia ella. En la tétrica semioscuridad de la habitación, Stella vio sus manos que le parecieron muy blancas.

—Me gusta tu forma de escribir —dijo extrañamente Lancaster.

—¿Por qué... me dice eso? —Logró balbucir Stella.

—Si no me gustase tu forma de escribir, yo no estaría aquí.

—¿A que ha venido?

—Quiero que salgas de esta casa.

—Bien. Pero ¿cómo?

—Sólo tendrás que acompañarme.

—¿A dónde? ¿Al cementerio?

Los labios de Stella temblaban al hablar.

—El cementerio es un lugar tan bueno como cualquier otro, pero no hay que ser demasiado lúgubre. Estamos en Navidad.

—Le acompañaré... ¿Quiere darme mi chaqueta?

Le señalaba la butaca que estaba detrás de Lancaster. Éste, con un movimiento maquinal, se volvió para dársela. La mano derecha de Stella se movió entonces con una fantástica rapidez.

Levantando el pesado candelabro de bronce que estaba en la mesilla, junto a ella, lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre la nuca de Lancaster. Éste lanzó un gemido mientras vacilaba, a punto de volverse. Stella repitió su golpe.

Lancaster cayó al suelo de bruces, quedando inmóvil.

Y entonces Stella rió.

Lanzó una carcajada gutural, ronca, extraña...

El silencio seguía llenando la casa.

Sin darse cuenta, Stella miró su reloj. Eran las seis y veinte. La oscuridad se había hecho completa. No divisaba a sus pies más que confusos relieves del hombre.

Sólo la débil luz que aún subsistía en la ventana, le había permitido ver las manecillas de su reloj.

No resulta fácil atar a un hombre, pero ella lo hizo bien y a conciencia. Como la habitación estaba amueblada al gusto antiguo y había pesados cortinajes, sus cordones le sirvieron para aquella tarea. Amarró de pies y manos a Lancaster, que no había recobrado el conocimiento, y cuando se puso en pie lo hizo con la seguridad de que aquel hombre ya no conseguiría soltarse.

Avanzó luego hacia la puerta. La abrió. La casa estaba a oscuras, excepto el vestíbulo. En el vestíbulo había luz.

Stella descendió las amplias escaleras igual que una sombra.

Vio el pasillo que antes examinó en parte, por lo cual, Karl se había irritado tanto. De los dos pasillos iguales que partían del vestíbulo, sólo ése tenía luz. Era como una muda invitación, como una flecha que le indicase el camino.

Stella avanzó por él.

Todas las habitaciones estaban abiertas y a oscuras. Sólo al fondo había una habitación, una sola, que estaba iluminada. Stella avanzó hacia allí.

Aún no había puesto los pies en aquella zona de la casa.

Pero de pronto descubrió algo. No fue, algo que estuviera en la habitación iluminada, ni en el aire, ni en las paredes. Fue algo que estaba en el suelo. Unas huellas.

Los zapatos de dos hombres habían dejado allí rastros de la tierra húmeda del jardín. Eran las huellas de dos hombres que habían caminado tranquilamente, sin violencias, sin choques. Por el tamaño de unas huellas, Stella dedujo que debían tratarse de los zapatos de Karl. Las otras eran más grandes y correspondían seguramente a un hombre más alto. ¡El mismo hombre alto que había intentado asesinarla dos veces!

Karl y el asesino... ¡habían caminado juntos por allí hacía tan sólo unos instantes!

La sensación de la trampa monstruosa, mortal, la sensación de estar acorralada sin ninguna posibilidad de salida, llegó hasta la garganta de Stella, en forma de bocanada de sangre. Bruscamente se dio cuenta de que iba a morir, aunque no comprendía aún el porqué de toda aquella comedia diabólica. Pero pronto lo comprendió.

La verdad se desveló horrible ante sus ojos, mostrándole sus entrañas, como se muestran horribles en un acuario, los tentáculos de un pulpo.

Estaba ya en el umbral de la habitación iluminada.

Y al principio, todo fue muy sencillo.

Las coronas, las dos coronas que habían traído horas antes y que Karl dijo ir a guardar, estaban allí.

Muy bien puestas, con sus cintas, con sus inscripciones hablando del eterno recuerdo y del eterno olvido.

Estaban una a cada lado del ataúd.

Era mi ataúd de caoba clara, con cuatro lúgubres hachones encendidos, colocados a su cabeza y a sus pies. La única ventana de la habitación, estaba cerrada, pero no encajaba bien y se veía por los intersticios la lona de un toldo que alguien había hecho caer, tapando la ventana, para que no se divisara desde el exterior la luz de los candelabros.

El ataúd no estaba vacío.

Una mujer joven, de unos treinta años, vestida de negro, reposaba en él. Su rostro era ya gris. Debía llevar muerta al menos veinticuatro horas.

Más allá, apoyado en la pared del fondo, había un ataúd

exactamente igual, pero vacío.

Un ataúd que la esperaba a ella.

Junto a esa lúgubre caja, mirándola diabólicamente, estaba Karl Hansen.

—Pasa, nena —susurró—. Te estaba esperando.

Stella fue a gritar, fue a intentar algo, quiso huir con las últimas fuerzas de la desesperación, pero todo fue inútil. Cuando intentaba retroceder, unas manos aparecieron a su espalda. Stella vio un abrigo negro y unos ojos rojizos, inyectados en sangre.

Aquellas manos la empujaron hacia el interior de la habitación donde estaba la muerta.

DOCE

—No va a ser doloroso —rió Karl—. Todo ocurrirá sin sentir. ¿De qué te quejas? Vas a morir víctima de un crimen que en cierto modo inventaste tú misma. Y te enterrarán esta misma noche.

Rió otra vez, con una risa cortada y seca, mientras Stella hacía esfuerzos desesperados para mantenerse en pie.

Sus ojos no podían apartarse de aquel ataúd ya preparado, donde dentro de poco reposaría ella...

Karl siguió divertido la dirección de aquella mirada.

—Veo que te das cuenta... —susurró—. Sí, Stella, ése es tu ataúd. Y aunque no disponemos de mucho tiempo, porque enseguida vendrá la furgoneta de la Morgue, quiero que vayas al otro mundo sabiendo al menos por qué mueres así... Lo primero que debo decirte es que yo soy uno de los hombres de confianza de Sheridan.

Stella no contestó. Sólo cerró un momento los ojos.

—Cuando Sheridan dio orden de matarte, yo solicité ese honor. Porque te odiaba, Stella, te odiaba con todo mi corazón desde que tú me despreciaste entonces, hace dos años... ¡como si fueras una reina! Además, tenía un maravilloso plan que tú misma me habías trazado, con tu historia aparecida en el periódico. ¿No te das cuenta?

Señaló la muerta y el ataúd vacío.

—Si te matábamos con arreglo a los procedimientos brutales de Sheridan, tu cadáver sería una acusación más contra él. Por eso le hice saber, mediante una conversación telefónica en clave, que convenía hacerte desaparecer de forma que nunca más se pudiera volver a dar contigo. Tenía tres elementos muy favorables para ello: mi esposa fallecida de muerte natural unas horas antes, en esta casa que yo había alquilado para tenerla apartada de todo el mundo; el certificado de defunción ya obtenido; y tu relato del periódico.

¡Sobre todo, aquel relato diabólico y maravilloso a la vez!

Hizo una breve pausa y sus dedos temblaron cuando su mano derecha casi rozó el cadáver.

—Mi esposa había manifestado en una última carta, su deseo de que su cadáver fuera cedido a la Ciencia —continuó—, y yo me puse de acuerdo con los de la Morgue para que la vinieran a buscar después de las seis y media... ¡cuando ya no hay un alma por esta carretera! Sólo ellos se enterarían del traslado, y como mi esposa ha fallecido de muerte natural, los estudios sobre su cadáver no revelarían el menor detalle sospechoso. Luego sería enterrada —lo que quedase de su pobre cuerpo—, en el cementerio sur. Pensaba poner allí una hermosa lápida: «Janet Spencer. Descanse en paz...»

Lanzó una carcajada hiriente, horrible, y ahora sus dedos tocaron a la muerta. Stella sintió un escalofrío de horror.

—Luego encargué a los de determinada funeraria otro entierro, éste para las ocho. Me advirtieron que tendrían que dejar el cadáver toda una noche en el cementerio, pero eso, ¿qué importa? Yo tengo el certificado de defunción, tú puedes perfectamente ser Janet Spencer ¡y te enterrarán a ti! Dentro de una hora, Stella, tu hermoso cuerpo sin vida será transportado por esta misma carretera y nadie se dará cuenta. Reposarás por los siglos de los siglos, en otro cementerio que el de mi esposa, pero bajo el nombre de ésta. ¿Quién va a darse cuenta? ¿Qué genio diabólico podrá algún día ver la coincidencia? ¡Nadie! ¡Jamás!

Su dedo índice señaló el rostro desencajado de Stella.

—Pero yo necesitaba que confiaras ciegamente en mí, por lo menos, hasta después de las seis, y ésa fue la causa de que Lou, otro de los hombres de Sheridan, el que está a tu espalda, fingiera asesinarte dos veces. En efecto, confiaste en mí. Pero mi plan aún no era perfecto, porque quedaba el hombre que te estaba vigilando, ese maldito federal borracho. Había que desorientarle también a él, había que tener una coartada... ¡porque de lo contrario, él sería el único en darse cuenta de que de esta casa salían dos cadáveres! Por eso le pedí ayuda y casi le insulté al ver que me la negaba. Pero tarde o temprano, él vendría aquí. Cuando viniera, tú ya tendrías la sospecha de que él era uno de los hombres de Sheridan... ¡y me las ingeniaría de modo para que tú misma le hirieses o le golpeases! Luego desaparecerías... y la declaración de ese hombre, un federal,

te señalaría cómo una sospechosa que quiso acusar a Sheridan injustamente, y luego optó por la huida. Una huida de la que no volverías jamás. ¡Jamás!

Rió otra vez, mientras adelantaba hacia Stella un paso, y otro, y otro...

—Hace poco le hemos visto entrar, y tú le has golpeado, atándole luego. Muy bien, muchacha. Lo hemos visto todo. Dentro de unos instantes, será cloroformizado para que su sueño dure más. Justo lo que tardan en marcharse los del segundo entierro... llevando tu hermoso cuerpo. Pero tú no sentirás ningún dolor, Stella... Sólo te atravesaremos la nuca con un estilete... Suave, muy suave, y sin sangre. Una vez retirado el estilete, no quedará ni señal, porque tus propios cabellos cubrirán la insignificante herida... Mira tu ataúd, muchacha... Un maravilloso ataúd de caoba para ti...

Sus manos, convertidas en garras, fueron a sujetar el rostro de Stella.

Y fue entonces, cuando aquella voz dijo:

—Vosotros también tendréis un ataúd... después de pasar un rato en un sitio alegre y perfumado que se llama cámara de gas...

TRECE

Lou, que estaba de espaldas a la puerta, giró con la velocidad del rayo, haciendo voltear el estilete que ya llevaba en la mano derecha. Lancaster, desde el umbral, con las manos todavía desolladas por la lucha con las ligaduras, no se preocupó ni poco ni mucho de él. Sencillamente, disparó dos veces y le clavó las dos balas en el centro exacto de la cabeza.

La sangre de Lou le salpicó.

Lancaster hizo un gesto desdeñoso, como el que acaba de aplastar a un sapo.

Luego guardó su revólver.

Había algo diabólico, abismal, terrorífico, en los ojos de Karl al mirarle. Y algo de helado y mortal, en los ojos fríos de Lancaster.

—Te dije antes que los federales no sólo trabajábamos con los puños, sino también con la cabeza —susurró—. Tu plan era perfecto, pero le ha faltado naturalidad. Un detalle inevitable y dos casuales, me han hecho darme cuenta de que tras todo esto, había una monstruosa comedia.

Puso las manos en sus bolsillos, negligentemente, como si no temiera a Karl, y susurró:

—Primer detalle: la línea telefónica cortada a cierta distancia de aquí y la casa tan solitaria, después de las seis de la tarde. Todo eso era buscado, obedecía a un plan. Segundo detalle: ese toldo hundido sobre la ventana para ocultar algo, seguramente un resplandor, que partía continuamente de esta habitación. Tercer detalle: he visto desde lejos, casualmente, a alguien que trepaba a una ventana por el muro. Demasiada confianza por parte de un asesino... Entonces he tenido una corazonada y me lo he jugado todo a una carta. Tú puedes tener *full* de ases, pero yo tengo repóker, Karl. Yo gano la partida. Yo me llevo el premio, que es... ¡tu cabeza!

Karl lanzó un grito y llevó la derecha a uno de los bolsillos, donde guardaba la pistola. Al mismo tiempo quiso saltar sobre Stella, para emplearla como coraza. Lancaster movió su derecha también, y la vida, sencillamente, fue del más rápido.

Lancaster disparó primero y le alcanzó en el centro del corazón. Luego tiró al vientre, y las otras dos balas que le quedaban, se las hizo estallar dentro de la cabeza.

Luego sopló en el cañón del revólver y lo guardó tranquilamente, con movimientos calmosos.

Stella apenas podía creer lo que veían sus ojos. Su voz resultó casi inaudible cuando preguntó:

—Pero... ¿no estabas borracho?

—Nunca lo he estado, muchacha. Sé beber. Pero me convenía fingir este papel para inspirar confianza a estas dos culebras, como me ha convenido dejarme «cazar» antes por ti a fin de ver cómo evolucionaban las cosas. ¿Sales? Dejaremos estas coronas para que adornen a los dos muertos...

Salieron. Stella, abrumada, vencida, tuvo que apoyarse en él.

—Karl se había preocupado de que no viniese ningún pariente ni amigo a la casa —explicó Lancaster, ya en la puerta—, pero no pudo impedir que llegasen algunas coronas y pésames... Esto, que parecía un factor desfavorable, le ayudó, en realidad, al acabar con tus nervios. Pero ya todo ha terminado, muchacha...

En la puerta, vieron detenerse en aquel momento la furgoneta de la Morgue. Dos hombres descendieron de ella, mientras por la carretera llegaban corriendo alocadamente Sally y el dueño del «*drugstore*».

—¿Qué ocurre? —preguntó el chofer de la furgoneta—. Hemos oído disparos...

Lancaster mostró su placa.

—Venían a buscar un cadáver y tendrán que llevarse tres, amigos. Pero no se preocupen. Aunque vayan estrechos no se quejarán...

Sally, que llegaba en aquel momento, susurró, jadeante:

—Los disparos... ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es eso de los tres muertos?

—Yo te lo explicaré —sonrió Lancaster sin ganas—. Tiempo habrá.

—La televisión ha dado la noticia —murmuró Sally, yendo de una cosa a otra, dominada por su propia excitación—, de que el fiscal retirará al fin su petición de última pena para Finegan. Solicitará veinte años con posibilidad de libertad bajo palabra.

Se iluminaron los ojos de Lancaster. En realidad, todo su rostro cambió.

—Eso ya es otra cosa —dijo—. Sí, otra cosa... ¿Sabes, Stella? Yo estaba muy preocupado por ese hombre, que también iba a morir. Como estaba muy preocupado por ti, y por tu rostro, que sé que nunca olvidaré. Claro que si tú me dejaras tenerlo siempre delante...

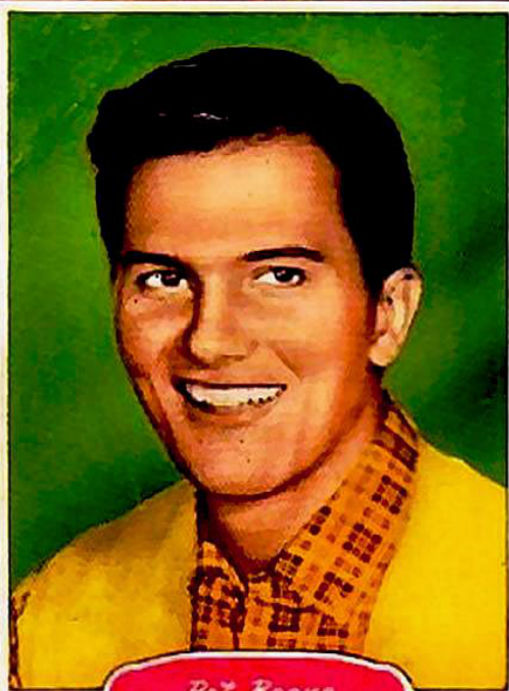
Ella no contestó nada porque no supo contestar. Pero le miró con una expresión distinta, como una promesa.

Lancaster volvió la cabeza hacia el dueño del «*drugstore*».

—Bueno, amigo —propuso—, ¿qué le parecería si ahora nos invitase a todos a unos vasos de *whisky*? ¡Hace por lo menos dos años que no lo pruebo!

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS



Pat Boone

N.º 1043 Protagonista de la película CinemaScope de 20th Century-Fox "Bernardino"

Foto 20th CENTURY FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - España

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

